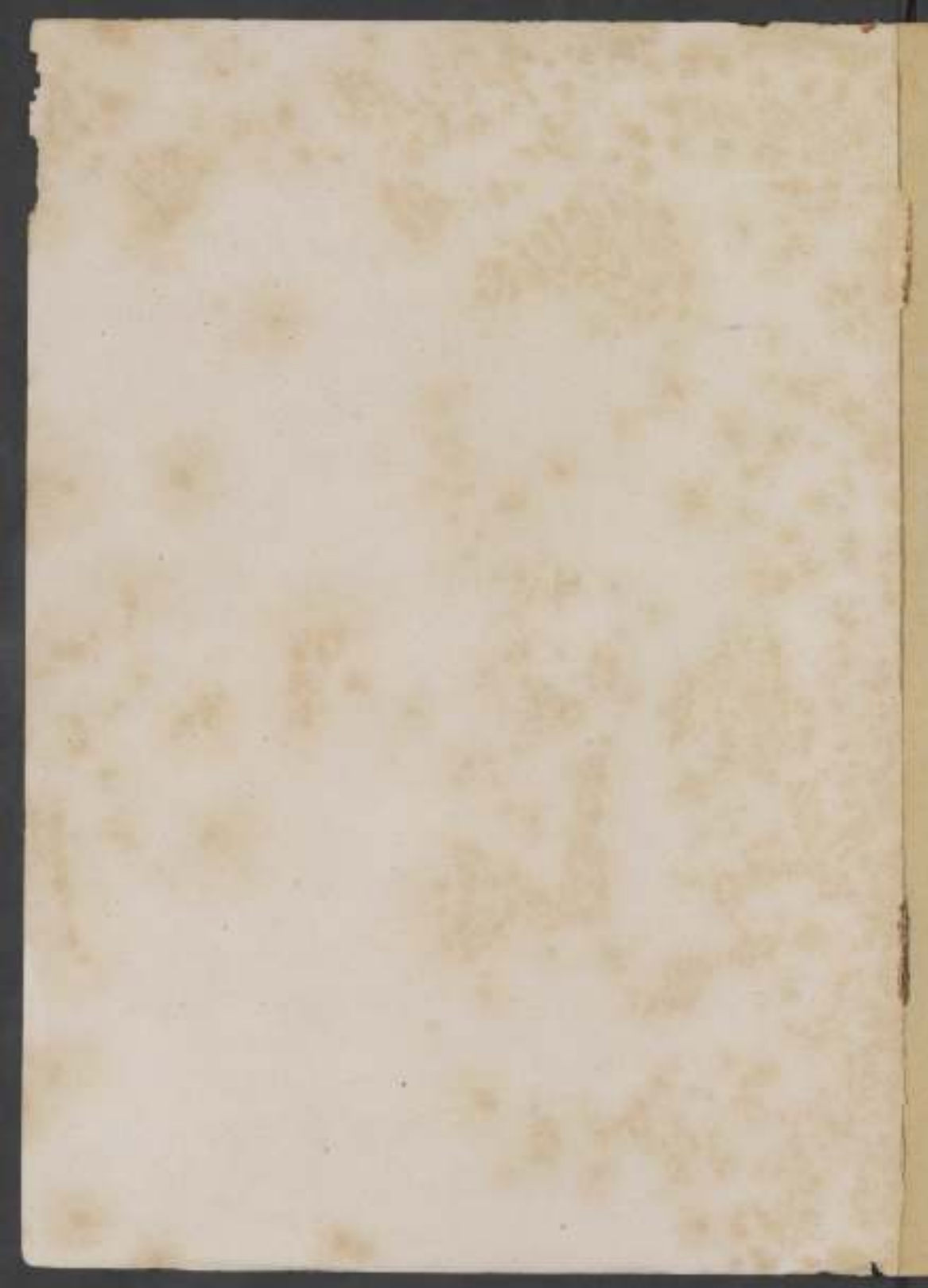


# La Muchacha de Moscú

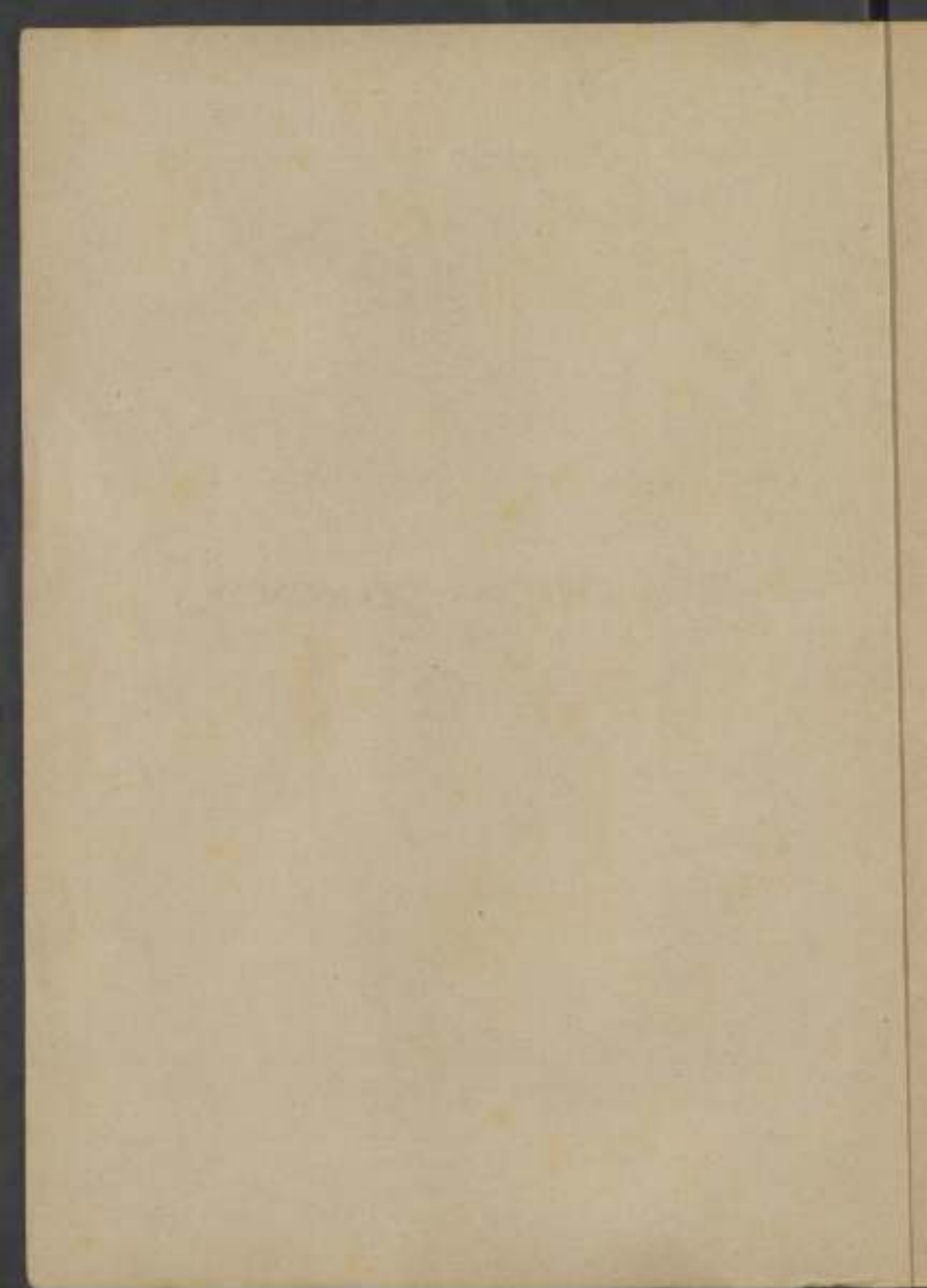
Conchita  
Montes

Amadeo  
Nazari

2'50  
PTAS



LA MUCHACHA DE MOSCU



BIBLIOTECA-CINE RIALTO

NOVELA CINEMATOGRAFICA



PRESENTA A

CONCHITA MONTES Y AMADEO NAZZARI

EN

# LA MUCHACHA DE MOSCU

DIRECCION: EDGAR NEVILLE

ES UNA PUBLICACION

DE



AVENIDA JOSE ANTONIO, 54

TEL. 23854

MADRID

AÑO I

• JUNIO 1942

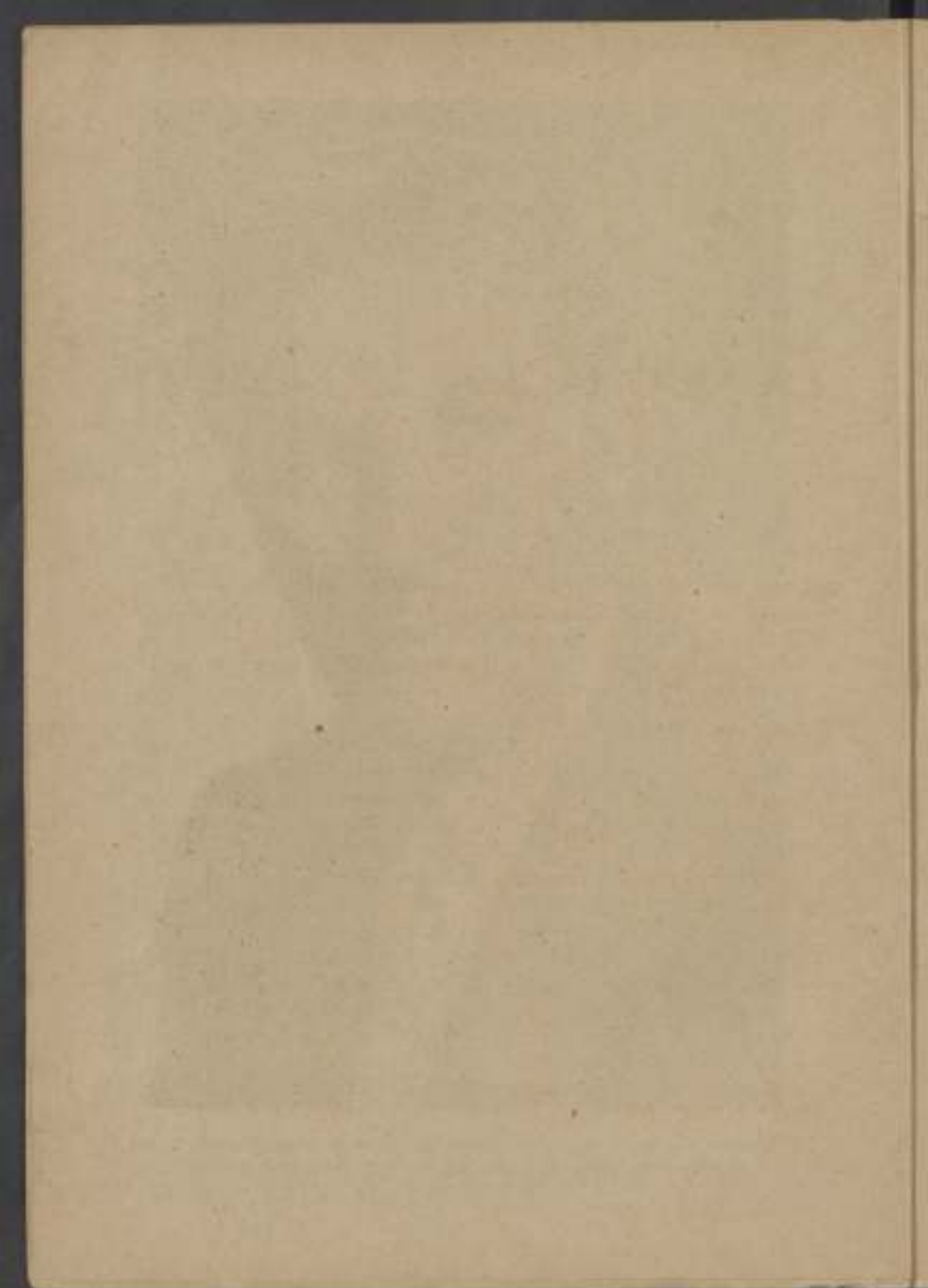
• NUMERO I







*Amleto Nazzari, protagonista masculino de "La muchacha de Moscú", film que añade uno más a la larga lista de éxitos del popular galán italiano.*





# LA MUCHACHA DE MOSCU

## I

La mole imponente de aquel trasatlántico de línea surcaba el mar con toda la majestad de un coloso cuya férrea fortaleza desafiara en cada travesía la bravura del océano. A bordo, gentes de nacionalidad diversa distraían sus ocios de tantos días entregados a todas las diversiones que aquel barco de lujo les ofrecía, cual si con ello se acrecentara el interés de la Casa consignataria en que tan felices mortales echaran de menos en lo posible sus habituales distracciones de tierra firme.

El sol se ofrecía espléndido en aquella mañana primaveral, bañando con su caudalosa luz la cubierta del buque.

Tendida sobre una hamaca, Susana, una viuda extravagante y coqueta que mal disimulaba los alfileres de su vejez, devanaba absur-

dos pensamientos contemplando los espirales de humo de su cigarrillo. Sin moverse de su asiento llamó al camarero que a la sazón cruzaba por delante de ella:

—¡Philips!

—¿Qué desea, señora?—inquirió éste cuadrándose casi ante Susana.

—Fue usted quien me acompañó a la cabina ayer noche, ¿verdad?

—Sí, señora.

La viuda dedujo con cierta lógica:

—Entonces es que me hallaba en un estado...

—¡Oh, no, señora!—cortó galante el camarero—. La señora estaba algo "desconcertada".

—Le agradezco mucho su gentileza... Oiga usted: si llegara a sentirme mal esta noche después del baile... ¡otro whisky!

—En seguida, señora.

No muy lejos de allí, el padre Lorenzo, misionero que regresaba del África salvaje en abnegado cumplimiento de su deber, ojeaba las páginas de su breviario cuando a su diestra vino a colocarse Walter, el pasajero cuyo empequeñecimiento frente a su marimandona esposa empezaba a divertir a todos.

Venia, como siempre, huyendo de su consorte y buscando lugar al abrigo seguro de la vigilancia de aquella para fumar un magnífico veguero, vicio inocente que en el infeliz Walter tomaba proporciones de monstruoso delito. El médico, cancerbero celoso de su preciosa salud, dictaminó un día la supresión radical del tabaco, cosa que a Walter, empedernido fumador, debió hacerle menos gracia que tomar riciño en porrón, y su mujer, desde entonces dedicóse a vigilar escrupulosamente el cumplimiento de aquel dictamen, sin que de nada valieran las protestas de su marido, que aseguraba formal que lo de prohibir el tabaco era muetilla obligada en todos los médicos. De ahí que el infeliz fumador buscara siempre los sitios más probablemente seguros para satisfacer su desbordante apetito.

—Con permiso—solicitó cortés tomando asiento junto al padre Lorenzo.

—Como quiera, señor—correspon-

dió éste levantando apenas los ojos de su breviario.

Walter, no sin antes dirigir cautelosas miradas alrededor, extrajo de uno de sus bolsillos un magnífico veguero y, solemne, acercóselo a su nariz. Aspiró con el más inefable de los deleites el aroma que se desprendía del puro, y tornando sus ojos en blanco, expresión suprema del goce que tal olor le proporcionaba, exclamó:

—¡Qué delicioso perfume!

El misionero contestó, por decir algo:

—No sé apreciarlo porque no fumo.

—¡Ah, no? Yo tampoco debería fumar en realidad.

—¿Se lo ordena el doctor?

—No, peor; me lo ordena mi mujer.

—Ya.

Walter empezó a encender el habano. La voz de su mujer, que desde lejos le reclamaba, hirió en sus oídos. Por esta vez truncóse el propósito. Pero, no obstante, el infeliz marido prosiguió dando chupadas al puro para concluir de encenderlo.

—¡Qué haces, Walter?

Este levantó la cabeza al conjuro de la pregunta y de la voz que lo formulaba, voz que, desgraciadamente, se sabía de memoria.

Ante él, su mujer, en actitud poco

conciliadora, parecía pedirle cuentas.

—¿Qué haces?—repitió ella impaciente.

La entereza de Walter se vino al suelo. Decididamente el genio de aquella mujer le abría las carnes.

—Nada. Encendiendo el cigarro al reverendo.

El padre Lorenzo admitió con una sonrisa tan inocente complicidad.

—¡Ah! Creí que estabas fumando —refunfuñó Dorotea, cuyo era el nombre de la irascible señora.

—¿Yo? ¡No! —reafirmó el entregando el tabaco al misionero.

—Bien. Vámonos, Walter. Buenos días.

—Buenos días—agregó el marido siguiendo a su esposa, no sin dirigir enternecedoras miradas al puro perdido.

El buen padre Lorenzo rió el incidente al advertir de qué forma había llegado a sus dedos aquel cigarro. Casi mecánicamente fumó de él, y en tal actitud sorprendióle el comandante del barco al situársele al lado.

—Por fin me han obligado a fumar sus pasajeros; pero no son del todo malos estos cigarros—justificóse el buen misionero.

—¿Ve usted? Ahora tendrá el remordimiento de los años perdidos.

—¡Ah! No sé fumar, pero he hecho otras cosas en la vida—protestó el padre Lorenzo.

—Lo creo.

Un nuevo personaje se incorporó al grupo. Se trataba de un ingeniero geógrafo, joven aún, y que a la sazón regresaba de cierta expedición científica.

Hombre de gusto y aficiones contrapuestas a las de su contemporáneos, buscaba insistentemente la compañía del comandante, cuya palabra, símbolo de una dilatada experiencia, entrenaban a Pablo —así se llamaba— en la tarea de justipreciar la frivolidad de aquella juventud que en torno suyo creía sinceramente divertirse.

Sin temor a equivocarse se podría afirmar que Pablo era dentro de aquel buque una de las pocas personas en quienes la sensatez no desertara.

El comandante hizo la presentación de ritual:

—El profesor Gresqui..., el padre Lorenzo...

—Mucho gusto.

—Encantado.

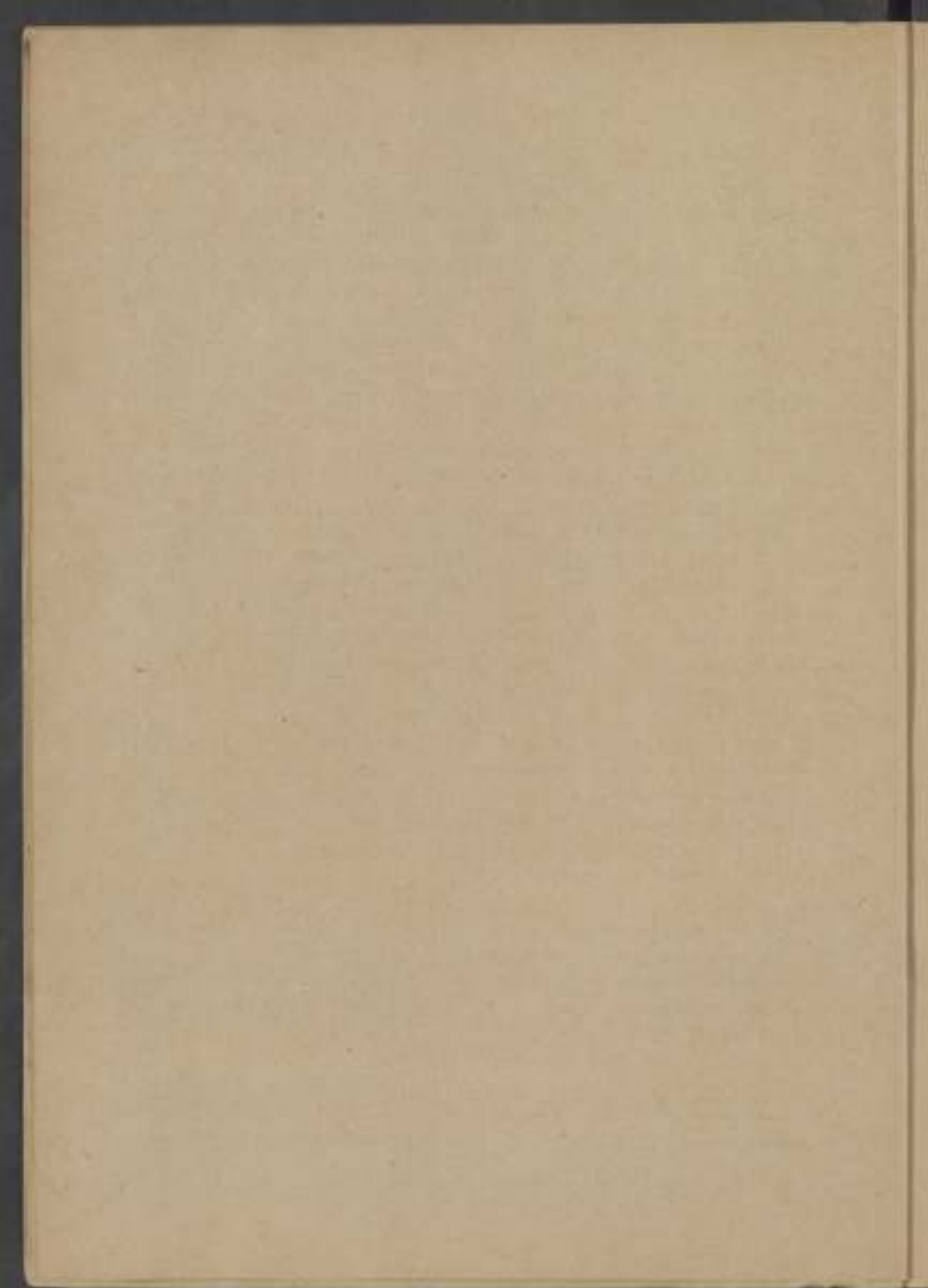
Pablo, no queriendo interrumpir la charla de ambos, se alejó de allí.

—Con permiso.

—¿Quién es ese joven?—inquirió el misionero viéndole marchar.

—Es un ruso que embarcó en Casa Blanca.

—¡Ah!—balbuceó el padre Lorenzo, a quien empezaba a interesar la personalidad de su nuevo amigo.





II

Dos minutos después el joven ingeniero, acodado en la borda del barco, contemplaba con el auxilio de unos prismáticos algo que bajo el oleaje batiente en el costado del buque llamaba poderosamente su atención.

Tal interés demostraba en su observación que no reparó en la linda joven que tras él seguía con los ojos el curso del descubrimiento sin ver nada.

—Delines... ¿Quiere usted verlos?—propuso Pablo al tiempo que, amable, la brindaba sus gemelos.

—Muchas gracias.

La recién llegada miró con atención suma hacia el mar y en su rostro dibujóse la alegría inocente del ballargo.

—¿Qué bien se ven! Y no tienen miedo... Al contrario, vienen hacia nosotros.

—Tendrán hambre—argumentó Pablo.

La muchacha devolvió los prismáticos con una sonrisa cortés.

—Muchas gracias.

—De nada.

—Se alejó despacio, y él la vió marchar.

El destino diabólico echaba los cimientos de un amor preñado de obstáculos.

Fué banal y frío el prólogo, y, sin embargo, Pablo presintió que aquella mujer, de la que desconocía hasta el nombre, habría de ejercer en su destino una decisiva influencia.

La curiosidad, más que otro factor, hizo que los ojos del joven geógrafo la siguieran hasta perderla en un recodo de cubierta.

De su aburrimiento vino a sacarle la voz de Walter, el impenitente fumador, que con un nuevo habano en la diestra demandó:

—¿Tiene una cerilla, por favor?

Pablo, sin concederle mayor atención, facilitóle fuego.

—Gracias—arguyó Walter, mientras de sus labios se desprendían las primeras bocanadas de humo.

Pero el inefable placer del consecuente fumador duró poco. A sus oídos llegó de nuevo el grito de su esposa, que a voces le llamaba. Cambió el color de su faz y, presuroso, arrojó al mar el cigarro.

Ya era tiempo, pues inmediatamente apareció tras él la figura de Dorotea, que, terne en el propósito de no dejarle en paz, preguntó:

—¿Qué haces, Walter?

—Yo?, nada. Miro al mar—mintió imperturbable el infeliz marido, que no acertaba a librarse de la centinela conyugal.

—Tenemos que andar dos kilómetros todavía. Vámonos.

Y tirando de él lo apartó de aquel sitio, donde tampoco pudo consumir su propósito.

Entretanto la joven que por un momento cautivó la atención de Pablo saboreaba un aperitivo acomodada en una mesita junto a la piscina. No muy lejos de ella, otros bañistas jugaban a lanzarse aros, entretenimiento que ponía bien de manifiesto el deseo de invertir el tiempo en algo tan insubstancial.

Uno de los aros vino a estrellarse en el vaso que ante sí ostentaba la linda joven. Derramóse el líquido, y el incidente sirvió de pretexto para que Jack, que era uno de los jó-

venes más divertidos de a bordo, entablara una conversación con la joven rusa, a quien ya conocemos.

Tras mil cumplidas-excusas, Jack determinó compartir su aperitivo con Nadia, cuyo era el nombre de la linda muchachita de referencia, y a tal efecto tomaron situación en la barra del bar.

—¡Camarero!—solicitó Jack—Dos Madagascar...

—¿Qué es eso?—inquirió Nadia con extrañeza.

—¡Veneno!

—¡Veneno?

—Me atrevo a confesarle que el incidente del arito ha sido intencionado. Buscaba un pretexto para conocerla.

—Un pretexto un poco violento, ¿no?—arguyó Nadia.

—Tardío, dirá usted. Pero ya hemos roto el hielo—dedujo Jack.

—Y el vaso.

—¿Americana?—preguntó ansioso él.

—No; europea. Rusa.

—¿Rusa? ¡Del paraíso bolchevique!

La cara de asombro que puso debió hacer gracia a la muchacha, por cuanto rió de buena gana. Bebió un sorbo y un molin de apuro dibujóse en su cara linda.

—¡En fuerte!—aseveró chasqueando la lengua.



—Eso es lo que hace falta—corroboró cómicamente Jack.

Y luego, pretendiendo desviar la conversación hacia más propicio cauce, preguntóla.

—¿Qué número tiene usted?

—¿De zapatos?—replicó Nadia entre burlona e ingenua.

—No. De cabina.

Volió la rusa a batir el cristal de su risa, y en fin de cuentas contestó:

—Doscientos cuarenta y siete.

—¡Oh!—exclamó Jack, contento por la coincidencia—. Está en mi corredor.

—¿Qué lástima! ¡Toda la travesía perdida! ¿No siente remordimientos?

Nadia pareció no comprender.

—Yo no sé qué es eso.

—¿Está sola a bordo?—preguntó Jack, a quien empezaba a intrigar aquella mujer de educación tan rara.

—Y en la vida—contestó Nadia con firmeza.

—Es magnífico no necesitar a nadie—aseveró seguidamente.

—En ciertos momentos, sin embargo, hace falta ser dos.

—No... ¡Romanticismo!—rechazó la rusa, despectiva.

Jack, intrigado del todo, siguió preguntando:

—¿Es usted casada?

—Libre,

—¡Cuántos hombres estarán desesperados por ello...!—apuntó galante su interlocutor.

—Puede que sea yo la desesperada.

Jack iba a sorprenderse por tal respuesta, donde campeaba una sinceridad tan cruda, pero acordóse que ello quizá desentonara, y reportó su extrañeza.

—Tiene usted razón. Pero... ¿Y el amor?

—No lo conozco... ¿Es un hombre de bien?

Jack sonrió forzosamente, pues aquello de no tomar muy en serio el amor no hacía buen efecto en él, que podía vanagloriarse de ser un seductor empedernido.

Ahora fué Nadia, la rusa, la que se creyó en el deber de devolverle una por una todas las preguntas:

—Usted es americano, ¿no?

—Pura sangre. Treinta años...

Nadia, riendo, le atajó:

—No le he pedido el pasaporte.

—Entonces el nombre es totalmente inútil. El suyo lo sabía, y ya lo he olvidado. Es más importante conocer el número de su cabina.

Nadia, la linda rusa, florecilla silvestre nacida y criada en un país en cuyas fronteras se estrellaban modos y procedimientos que las corrientes de la civilización europea pretendieron en vano modelar... quiso

cortar tajante el lido de todas aquellas pretensiones:

—Le advierto que pierde usted el tiempo.

No fué dignidad femenina ni el honesto recato consubstancial a toda mujer que se precie: fué precisamente un principio de hastio en ella, que no concebía una charla que se prolongaba demasiado.

El naturalismo a que tan acostumbrada venia empezaba a imponerse apreciando la banalidad de aquella conversación.

—¿Vamos a bailar?—propuso el batiéndose en retirada.

—Casi me ha mareado la dinamita.

—No tenga miedo. La sostendré yo.

Un minuto después, Nadia y Jack, empatejados, eran unos más en aquel tráfago de cuerpos que al compás de un blues se contoneaban.

Mientras, y apartados de aquel lugar, el padre Lorenzo y Pablo, a quien ya sabemos que no divertían gran cosa las distracciones que el buen tono imponía a bordo, dialogaban animadamente. El misionero, a quien el joven geógrafo empezaba a caer simpático, preguntó:

—¿Conque regresa usted a Italia?

—Sí. A Nápoles. Tengo una casita en Pompeya.

—¿Caramba! Yo también habito

en Pompeya—exclamó el misionero alabando la coincidencia.

—Entonces nos veremos—añadió.

—Tendré un verdadero placer, reverendo—aprobó Pablo, a quien también la compañía del religioso agradaba no poco.

—Yo también.

Hasta ellos llegaron alborozadamente Kity y Maggie. Con ellos venían Nadia y Jack, quienes, según convenia, serían los padrinos de una boda proyectada minutos antes.

Maggie traía casi a rastras a un muchacho de gesto bobalicon, con quien deseaba ardientemente contraer matrimonio desde hacia quince minutos que se conocían.

La absurda comitiva buscaba alguien que refrendara legalmente aquel matrimonio "relámpago".

—¡Maggie!... ¡Maggie!...—gritó Kity al dar vista al padre Lorenzo—. ¿No buscabas un misionero? Ahí lo tienes.

La novia, seguida de su futuro y de todo aquel grotesco acompañamiento, llegó hasta el padre Lorenzo:

—¡Ah! ¡Por fin! ¡Le he buscado por todas partes!

—¿A mí?—preguntó el misionero extrañado—. Diga, señorita, si en algo puedo serle útil.

Maggie se explicó de esta guisa:

—He encontrado a bordo a este hombre, que me gusta, y hemos pen-

sado casarnos en seguida. ¿Puede usted complacernos?

El padre Lorenzo tardó un poco en reponerse de su perplejidad.

—Pero..., señorita..., yo no soy un pastor protestante.

—¡Ah!, ¿no?—repuso, chasqueada, la frívola novia—. Yo siempre confundí a los misioneros con los pastores. Me hubiera gustado darle una sorpresa a mamá, que me espera en Nápoles.

El padre Lorenzo aclaró:

—Si desea casarse de esta forma, podrá hacerlo ante el cónsul americano en Nápoles.

Maggie se desilusionó en un instante:

—¡Ah, no, no! Así ya no me caso. Tendría muy poca gracia... Se lo agradezco igual.

Y tirando del que estuvo a punto de ser su marido alejóse de allí seguida de todo el cortejo, menos de Nadia, quien aprovechó la coyuntura para separarse de aquellos locos.

—Ya no hay matrimonio—dijo la rusa por decir algo.

—A bordo no creo—corroboró Pablo.

El padre Lorenzo opinó:

—El matrimonio es una cosa muy seria, y esa señorita habla de él con demasiada ligereza.

—¡El matrimonio una cosa sería?—protestó Nadia—. ¡Habla usted por deber profesional!

—No. Para mí es un círculo sagrado que debe respetarse.

Nadia, audaz, apuntó:

—Yo respeto pocas cosas.

—Tanto peor para usted—replicó humilde el misionero, a quien disgustaba la configuración espiritual de la joven rusa.

—Nos veremos más tarde—añadió dirigiéndose a Pablo.

Y con paso firme, pausado, alejóse de la pareja.

—Ha embarcado usted hace poco. ¿verdad?—preguntó Nadia.

—En Casa Blanca.

—¿Explorador?

—No; mucho menos. Soy agregado a una misión científica... ¿Y usted?

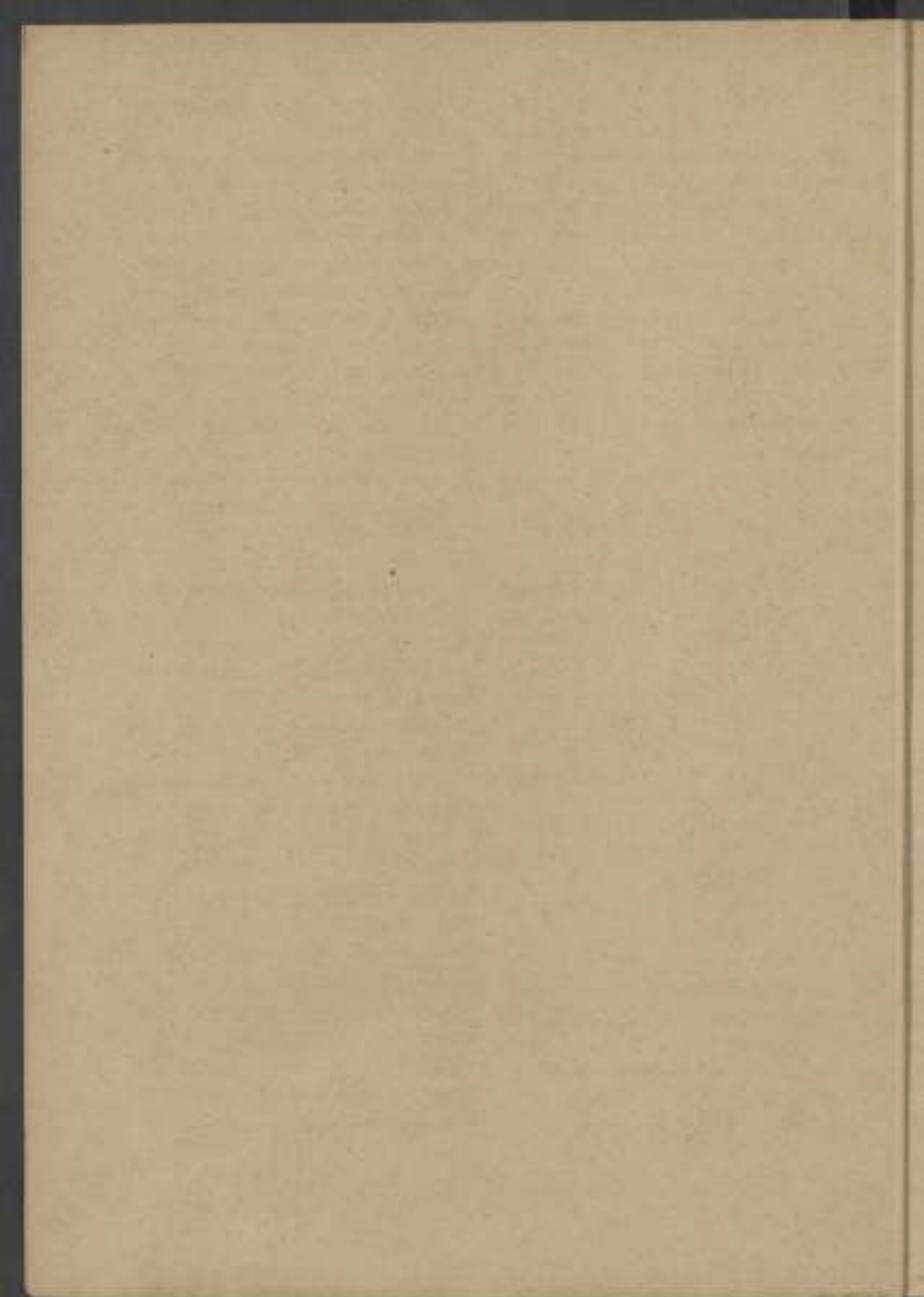
—Periodista—afirmó, rotunda, la rusa.

—No le faltarán temas en este trasatlántico.

—Sí, pero son demasiado vulgares. Este ambiente me aburre. Me hace bostezar...

Pablo miróla con evidente simpatía. Le agradaba encontrar otra persona joven como él, pero que apreciara, no obstante, la insulsez de todo aquello en su justo valor.

Nadia agradeció la mirada de aquel hombre y correspondió con otra suya donde iba encerrada una profunda simpatía prometedora de algo más que amistad.





## III

La noche había extendido ya su negro celaje, tachonado de estrellas, sobre la inmensidad del océano. Una temperatura con creces benigna permitía que las diversiones que a bordo portaba aquel moderno trasatlántico se prolongasen hasta hora muy avanzada.

Sobre cubierta, las personas que por su edad o condición se inhibían de las atracciones mundanas formaban tertulias y grupos tendidos o simplemente sentados sobre cómodas poltronas.

El padre Lorenzo, ameno conversador, platicaba con el comandante del buque, quien, con toda la autoridad de su dilatada experiencia en aquella ruta que tan sobradamente conocía, aseveraba:

—Llegaremos dentro de dos días a Nápoles, a las diez de la mañana, según el horario. A bordo han preparado un coro para saludar a Capri. Pensará usted que mis pasajeros están un poco locos.

—Se divierten como parden... como anben...—disculpó benévolo el religioso.

—Bien—prosiguió el viejo comandante—. ¿Y qué me cuenta usted de su labor de propaganda? ¿Ha obtenido buenos resultados en África?

—¡Oh! No me lamenta. Claro que tuve que recurrir un poco a todos los medios. Pero los caminos del Señor son infinitos. Hice hasta de médico. Llevaba conmigo una caja con medicamentos. Figúrese que una vez una tribu completa de salvajes se convirtió al zimple sonido de un pequeño gramófono. Tenía unos cuantos discos viejos religiosos...

Nadia llegó en este momento hasta los dos viejos y lo suficientemente a tiempo para escuchar las últimas palabras del misionero.

—¿Hacia usted una propaganda musical? ¡Bravo!!

Con marcada ironía en sus palabras, remató:

—Es usted un sacerdote moderno.

El padre Lorenzo prefirió no darse por aludido.

—El fin ha sido alcanzado. Consigui que aquellas almas se iluminaran.

Nadia arreció en su intención:

—Rezando a un gramófono y creyendo en un disco...

—Señorita — recalcó el sacerdote — ¡precisamente conmigo va usted a dar rienda suelta a su ironía? Usted es joven, bonita; es admirada... ¿Qué más quiere?... Déjeme a mí y a aquellos salvajes la alegría de la oración y de la fe.

—¿También usted ha curado leprosos? — preguntó Nadia.

—Sí. Y muchísimo tiempo.

—¡Interesante! — elogió la rusa —. Se podría escribir un artículo... Buenas noches.

—Buenas noches — correspondieron casi al unísono el misionero y el viejo comandante.

Cuando quedaron de nuevo solos los dos veteranos amigos, el padre Lorenzo inquirió:

—¿Dónde va? ¿Quién es?

—Va a Italia. Es una periodista rusa.

—¿Rusa! — exclamó el religioso —. ¡Una "sin Dios"! ¡Pobrecita!

—Viaja sola — aclaró el comandante.

—Pero ya ha encontrado compañía. Sin embargo, sigue estando sola.

Un marinero cuadróse militarmente ante ellos.

—Comandante, con permiso.

—Perdone un momento — disculpóse, cortés, con su amigo.

El marinero, rápidamente, informó al oído de algo que parecía revestir gravedad. El comandante frunció el ceño y, una vez enterado, ordenó rápido:

—¡A los puestos, de maniobras! ¡Aprisa! ¡Pongan en acción las bombas!

Con inusitada rapidez abandonó la compañía del clérigo porque el deber le requería con suma urgencia. A bordo estaba ocurriendo algo que necesariamente había que atajar.

Siempre seguido del marinero recorrió los lugares estratégicos del buque dando órdenes.

—¡Una escuadra de veintidós hombres a las mangueras de proa para aislar el incendio!

—¿Debo dar la alarma? — preguntó un oficial.

—No, no — rechazó el comandante —. Al contrario; haga de modo que los pasajeros no se den cuenta de nada.

Toda la tripulación púsose en acción de maniobras para sofocar el incendio, que iba rápidamente tomando proporciones gigantescas. Algunos camarotes empezaban a ser invadidos por una espesa humareda.

Susana, la viuda excéntrica, que



LA MUCHACHA DE MOSCÚ



—Si desea casarse en «su forma» podrá hacerlo ante el consul americano en Nápoles.



Nadia: aún la infantil ocurrencia.

en su litera pretendía dormir, fué la primera que advirtió los síntomas del voraz incendio.

De un salto ganó la galeña y, loca de terror, escandalizó al resto del pasaje con sus gritos:

—¡Fuego! ¡Fuego!... ¡Fuego!...

La alarma cundió más veloz que las llamas, y en menos de diez minutos la confusión más aterradora se apoderó del buque.

El pánico hizo press en todas aquellas gentes, que momentos antes se divertían alegremente.

Sucedieron lances y excesos del más desenfrenado egotismo. Todos pugnaban por ganar las lanchas de salvamento, y los marineros a muy duras penas podían imponer orden en el riguroso turno de embarque.

El comandante gritaba por el megáfono:

—¡Atrás, señores, dejen actuar a la oficialidad!

El padre Lorenzo ayudaba con sus palabras:

—¡Por Dios! ¡Serenidad! ¡Por el amor de Dios! ¡Tranquiliense!

—¡Auxilio! ¡Auxilio!

Poco después el barco, pasto de las llamas, empezaba a inclinarse de costado. El salvamento proseguía no sin tamañas dificultades.

El resplandor de las llamas tielaba en el mar, haciendo forforescentes las crestas de algunas olas.

Alrededor de tan magna ilumina-

ción, hasta una docena de lanchas, harto repletas de gente, pugnaba por alejarse de allí a fuerza de remo.

El barco se hundía lentamente y todavía salían de él voces lastimeras pidiendo auxilio. Junto a las lanchas algunos naufragos mantenían su cabeza sobre las olas, pretendiendo en titánico esfuerzo ganar la borda, de donde eran inexorablemente rechazados por el oficial que la mandaba.

—¡Ya no hay más sitio! ¡Vayanse a otra!

A la lancha donde iba el padre Lorenzo, milagrosamente salvado, se acercaron casi desfallecidos dos naufragos: eran Nadia y Pablo. A ella comenzaban a faltarle las fuerzas, y a no ser por el joven hubieranse sumergido definitivamente.

—¡No hay más sitio!—les advirtió enérgico el oficial.

—¡Salven al menos a la mujer!—gritó Pablo.

Un marinero solícito tomó con sus manos el cuerpo de la joven rusa, quien, desfallecida, fué depositada dentro de la barca.

En la lejanía un resplandor tenue y azulado empezaba a aclarar el manto de aquella fatídica noche.

Amanecía.

• • •

Ya las barcas se habían alejado considerablemente del lugar del nau-

fragio y todavía el resplandor de la descomunal hoguera se divisaba en lejanía.

El día arribaba despacio y a la luz lechosa del amanecer daba horror contemplar los rostros de aquellos desventurados, que, ateridos y con el terror en sus caras, permanecían mudos.

Transcurridos los primeros momentos tras los que juzgáronse seguros dentro de aquella barca, una inminente consideración atenazaba sus cerebros; estaban salvados, sí. Pero si nadie había recogido los tétricos S. O. S., la situación se haría insostenible de allí a poco tiempo.

El padre Lorenzo, dando ejemplo de fortaleza, procuraba animar aquellos espíritus, a los que la realidad no podía engañar.

—El comandante me aseguró que

dos barcos han recogido nuestras señales: ya veréis cómo llegarán en seguida.

Nadia, solícitamente atendida por el misionero, asfixióse un tanto:

—¡Valor, hijita..., valor!—recomendaba el padre Lorenzo—. Encomendémonos a Dios... Rezad todos conmigo... ¡Rezad!

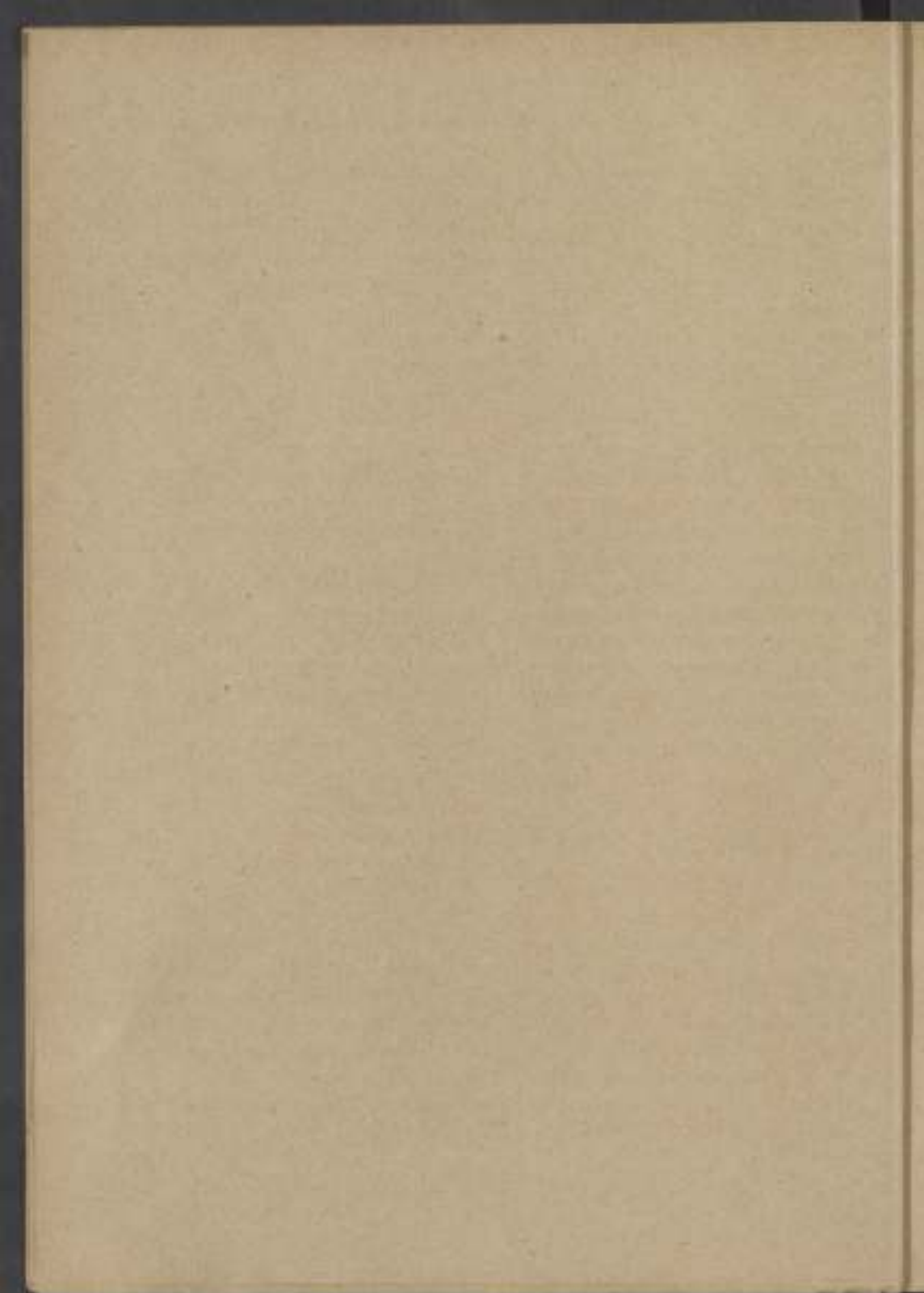
Un ligero susurro turbó el silencio que hasta entonces reinaba: eran las plegarias de todas aquellas personas, que con inquebrantable fe impetraban del Altísimo clemencia y misericordia.

Nadia permanecía muda.

—¿Usted no reza!—preguntó dulce el religioso.

—Yo no sé rezar—respondió ingenua la desventurada Nadia.

—Reza conmigo, hija... ¡Dios te salve María...!





## IV

El claxon de la puerta de entrada a la acomodada mansión de los Escoto gruñó, y a su conjuro, una doncella uniformada acudió a franquear la entrada al visitante.

Era una joven bonita y sumamente agradable quien en aquel momento llegaba al domicilio de aquella familia de la mejor sociedad de Pompeya.

—¿Está en casa la señora Escoto?

—Sí, señora. ¿A quién debo anunciar?

—No me conoce. Quisiera hablarle.

—Pase usted... Siéntese—aconsejó la doncella al tiempo que se alejaba en busca de su señora.

No se hizo esperar mucho la dueña de la casa, que elegante y sencillamente ataviada llegó hasta la visitante.

Esta púsose en pie al tiempo que una deliciosa sonrisa enmarcó sus labios:

—Buenos días, señorita. ¿Qué desea?

—¿La señora Escoto?

—Yo soy.

—¿Elena?

—La misma.

La recién llegada, en una explosión de alegría exclamó:

—¿No me conoces? Soy Nadia, tu hermana.

—¿Nadia! ¿Tú?—exclamó Elena en el mayor de los asombros.

—¿Elena querida!

Ambas hermanas fundiéronse en un prolongado abrazo y a sus ojos acudieron unas lágrimas.

—¡Oh! Eres tú... ¡Eres tú!... Mi pequeña Nadia... ¡La pequeña Nadia! ¡Ven aquí! Siéntate y cuéntame. ¿Cómo has podido?... Éras una niña cuando logré escapar de Moscú con la tía, y creí no encontrarte nunca más... ¡Es un milagro!

Nadia, escéptica como siempre, opuso:

—No es un milagro. Es un naufragio. El barco que me recogió nos desembarcó en Nápoles. Sabía que vivías aquí porque en el Consulado me han dado tu dirección...

Elena miraba ensimismada a su hermana, a la pequeña Nadia, como ella la llamó siempre. La emoción de golpe tan inesperado atenazaba sus actos. Estaba curiosa y, por tal, devanaba las preguntas atropelladamente, cual si pretendiera resarcirse en un momento de su carencia de noticias por tantos años.

—¡Oh, Nadia! ¿Cómo has podido escapar del infierno soviético?... Díme..., díme..., cuéntame...

—No hula—rectificó Nadia— Regresaba a Moscú.

Elena preguntó sorprendida:

—¿Volvías allí?

—Sí—respondió su hermana con ostensible aplomo—. Te será difícil comprenderme. Tú pudiste escapar y yo me quedé... en aquel infierno... como dices tú..., sola...

—¿No tienes a nadie?

—A nadie.

Elena la estrechó nuevamente entre sus brazos mientras la decía:

—Ahora será diferente... Tienes a mi familia. Ya que nos hemos encontrado no nos separaremos nunca más. Mi casa es la tuya.

—¡Elena! —exclamó conmovida Nadia.

—Ven; quiero enseñarte tu habitación. Era la de los invitados; ahora será la tuya.

Quiso tirar de ella; pero Nadia, oponiendo resistencia, disculpóse.

—Te lo agradezco, Elena, pero no quiero molestarte. Me iré al hotel y dentro de diez días me marcharé.

La hermana mayor no dando crédito a estas palabras, la espetó:

—Pero ¿qué dices?

Nadia, que volvía a recuperar el habitual dominio sobre sí misma, intentó variar el sesgo de la conversación:

—Oye; me han dicho que tu marido es un médico famoso...

—Especialista en enfermedades tropicales... Y tenemos un niño muy guapo. Ven a verlo.

Nadia, educada en un ambiente de despego hacia todos los afectos familiares; espíritu cultivado en un materialismo prosero que negaba ese calor del hogar que en la civilización cristiana es base de afectos íntimos... Nadia, para quien resultaba extraño ese cariño sublime de padres a hijos, se dejó llevar por su hermana hasta una habitación contigua, donde un chiquillo de bonísima estampa distraía sus cinco años sentado en el suelo y rodeado de infinidad de juguetes.

—¡Nando! ¡Nando!... ¡Mira quién



## LA MUCHACHA DE MOSCÚ



*En la galería de los cuadros se albergaban objetos de testifical valor.*



*Nadie recuerda:  
—¿Dónde los dos en el "Atlantic City".*

está aquí—entró gritando Elena—  
¿Sabes quién es esta señora?

El chiquillo, con gracioso desparpejo, miró a Nadia.

—No. No sé quién es.

—La tía Nadia—aclará Elena.

Fernandito seguía sin comprender.

—¿La tía?

—Pues claro—insistió la madre—

¿No te acuerdas que yo te contaba siempre que Nadia era una niña muy pequeña?

Nadia tomó en brazos al chiquillo y, acariciando sus bucles de oro, le besó con fruición en las mejillas sonrosadas.

Fernandito al verse tan alto del suelo objetó inocente:

—No es pequeña.

Nadia rió la infantil ocurrencia mientras decía:

—Ya he crecido, chiquito.

En este momento llegó un nuevo personaje a engrosar el grupo.

—¡Rogelio...!—dijo Elena—. Aquí la tienes.

Quien acababa de llegar no era otro que el marido de Elena, el famoso doctor, célebre por sus maravillosas intervenciones y diagnósticos en esas enfermedades que en el trópico suelen acechar arteras.

Rogelio tomó entre las suyas las manos de Nadia y, cariñoso y simpático, habló:

—Estoy muy contento de conocer-

te; Elena me ha hablado tanto de ti...

No sabíamos siquiera que estuvieses viva... Es una verdadera suerte tenerte aquí con nosotros.

Nadia pareció conmoverse un tanto.

—No sé cómo agradeceréoslo. Sois demasiado buenos.

—Voy a prepararte tu habitación—terció Elena.

—No: no te molestes—opuso Nadia.

Rogelio corroboró el ofrecimiento hecho por su esposa:

—Nadia, esta es tu casa. Pensar en irte al hotel es absurdo.

—No quiero turbar vuestra existencia... Estoy aquí por casualidad y lo aprovecharé para escribir artículos sobre costumbres de estas tierras de encanto y sobre los santuarios de vuestra superstición.

—Podrás hacer lo que te parezca—insistió de nuevo Rogelio—. Podrás visitar Nápoles, sus alrededores, Capri, Amalfi, Pompeya...; disfrutarás de toda tu libertad... Pero ¡quédate!

Nadia ya no supo seguir resistiéndose a aceptar tan sincera y cariñosa invitación, y con la mirada y el gesto dió a entender que no se iría. Elena que la conocía aseguró:

—Estate tranquilo, Rogelio. Nadia se va a quedar.

## V

A la mañana siguiente Nadia y Elena, engrosando una caravana de turistas, acudieron a visitar las tradicionales ruinas de Pompeya.

Nadia, para quien todo aquello tenía sólo el valor relativo de su antigüedad, mostrábase escéptica ante las explicaciones del cicerone. Para ella, que procedía de un país donde se había roto tan brutalmente con la tradición por estimar que en ella radicó el principio de su decadencia, todo aquel conjunto de piedras milenarias no constituía un espectáculo sugestivo ni mucho menos.

En la galería de los exvotos, donde se albergaban objetos de inestimable valor, Nadia no apreció sino el valor material de aquéllos, sin que a su materialismo dijeran nada ni la fe ni la devoción con que los exvotos fueron ofrecidos. Y al calor con que el cicerone susurraba sus palabras ella oponía una sonrisa incrédula de suficiencia, cual si con ello quisiera

patentizar que su refinado espíritu moderno estaba de vuelta de todas esas cosas.

—Hay millares de regalos—explicaba el guía—de todas partes del mundo... Es un inestimable tesoro, como ven. Todo son gracias recibidas.

—Pagadas con dinero contante y sonante—interrumpió Nadia.

—Cada uno demuestra su agradecimiento como puede—disculpó Elena.

—Claro... claro—apoyó el explicador.

Nadia preguntó:

—¿Por qué no funden todos estos corazones? Como decoración es muy bonita, y como renta es nula.

—¡Nadia!—reprendió suave, la hermana.

—Perdona mi irreverencia, Elena, pero yo no soy católica.

—Lo había comprendido—remató el guía.



Nadia se atrevió a sentar esta afirmación:

—Son supersticiones.

—No—rechazó Elena, cuyo espíritu católico se resentía con el escepticismo de su hermana.

—No son supersticiones, sino expresiones de fe.

La joven rusa rió con la más descocada de las irreverencias, y al escándalo de las carcajadas un nuevo personaje se les incorporó:

—¡La fe en los milagros!—remedaba burlona Nadia.

El nuevo personaje, que no era sino el padre Lorenzo, se le acercó diciendo:

—Pero ¿qué uso?

Y severo, pero sin perder dulzura en su expresión, el buen misionero la reconvino:

—Usted, menos que nadie debería pronunciar esas palabras irreverentes.

Nadia reparó entonces en el religioso y, contenta, exclamó:

—¿Usted aquí? Y ¿por qué juzga irreverentes mis palabras?

Elena pretendió cortar el incidente.

—Perdónela usted, padre.

Pero la joven periodista, terne en su deseo de polemizar, insistió:

—¿No cree usted en la telegrafía sin hilos?

—Creo que incluso el genio es inspirado por Dios.

Nadia rememoró.

—¡Vamos los dos en el *Atlantic City*!

—Nos salvamos en la misma lancha.

—Fue un verdadero milagro que la sacaran del agua—recalcó el religioso con evidente intención.

—Me salvó un pasajero.

—¡Oh! Lo recuerdo muy bien. Estaba usted ahogándose cuando la subieron a nuestra lancha.

A la mente de Nadia acudió el recuerdo, que yacía dormido, de Pablo.

Pero ¿él no estaba también en la lancha?

—No: no había sitio.

—Y ¿no se salvó?—preguntó Nadia con inevitable ansiedad.

El padre Lorenzo la tranquilizó con estas palabras:

—Gracias a Dios, sí: le recogieron en otra embarcación.

—¿Ha vuelto usted a verle?

—Vive aquí, en Pompeya... En Africa es geógrafo y aquí es pintor.

En este momento la comitiva turística, avanzando por entre aquellos vestigios de una poderosa civilización que fué, se detuvo al conjuro de la voz del guía, que iba a explicar detenidamente la situación del grupo en relación con los restos de poderosas edificaciones, de algunas de las cuales sólo quedaba una especie de monolito.



*Vamos a visitar las ruinas—prepara ella por decir algo.*



*—¿Quién es?*

*—Es un ruso—informó Nadia.*

En ese momento los turistas se encontraban en el Foro civil. Un poderoso esfuerzo de imaginación era elemental en la visita a estas ruinas, donde el cicerone describía fielmente una ciudad allí donde entre vegetación espontánea sólo quedaron unos cuantos sillares de piedra.

Allí estaba la Curia: más allá el templo de Mercurio, y andando unos pasos más la caravana se adentró en terrenos que en tiempos fueron ocupados por el templo de Omatia, grandiosa edificación sepultada en el 79 por la erupción del Vesubio.

A continuación llegaron a los Tribunales, construcción de la que quedaron algunos vestigios después del terremoto del 73. Dichos Tribunales se comprende que estaban compuestos por tres salas contiguas enormemente amplias. Se celebraban las reuniones del Consejo Municipal en una de ellas y las otras se reservaban para el ejercicio de los Tribunales.

Pero Nadia había cerrado sus oídos a la documentada explicación del cicerone porque sus ojos habían descubierto allí cerca, en la misma plazoleta, a un pintor sobradamente conocido por ella: era Pablo.

Separóse del grupo y llegó hasta él, quien, enfrascado en su tarea, no advirtió la presencia de Nadia hasta que ella no habló.

—¡Qué sorpresa! ¡Buenos días!

—¡Oh! ¡Usted aquí? ¿Cómo es eso?

Pablo demostró gran alegría al volver a ver a Nadia, por quien sabemos sentía una irrefrenable simpatía pronta a derivar en afecto más íntimo.

—Me alegro mucho de encontrarle, Pablo... Los que no mueren se encuentran.

—Es doble suerte entonces —dijo el pintor mientras dejaba por aquella mañana su tarea.

Nadia rió, y acuciada por el apuro ingenuo de un recuerdo, apresuróse a disculparse ante Pablo.

—Todavía no le he dado las gracias por haberme salvado la vida.

—Eso no tiene importancia. Había usted perdido el sentido.

Una ligerísima pausa se abrió entre ellos. Pablo, sentencioso, fué el primero en hablar:

—Es nuestro destino encontrarnos siempre en las catástrofes.

—Es verdad —aprobó Nadia—. El agua y el fuego... Pero, por lo visto, le inspira... ¿Es usted pintor?

—Apenas "dilettanti". Permitame que me presente... A bordo no tuve tiempo... Soy Pablo Gresqui.

A Nadia llamóle la atención el apellido.

—¿Gresqui? ¿Ruso?

—Sí —afirmó él—. Pero era ape-



nas un chiquillo cuando escapé de mi patria, convertida en infierno ruso, y después de haber visto caer a mis padres bajo las hordas bolcheviques.

Nadia no quiso objetar nada del concepto que este ruso tenía de la patria que le negaron, y prefirió, por tanto, variar el rumbo de la conversación.

—¿Vamos a visitar las ruinas?— propuso ella por decir algo.

—Con mucho gusto. Yo voy a hacer de guía.

Y abandonando todo su bagaje de trabajo se dispuso a acompañarla.

—Pero ¿deja todo esto?— preguntó Nadia con asombro.

—Desde hace dos mil años nadie toca aquí.

Iniciaron su excursión por entre las ruinas emparejados en animada conversación.

—¿Vive usted en Pompeya todo el año?—preguntó ella.

—Casi siempre, cuando vuelvo de mis viajes por Africa. Aquí tengo una casita donde paxo mi periodo de reposo... pintando.

—Ya. Y ¿no vuelve a su país?

—¡Jamás!— afirmó rotundo Pablo.— No me sería posible.

—No veo el motivo.

—Es que no puede comprenderlo... porque usted es americana.

—No—rectificó Nadia—. Yo también nací en Rusia.

Pablo pareció extrañarse.

—¿En Rusia?

—Sí.

Continuaron su camino hablando de otras tantas trivialidades hasta llegar a la tradicional Casa del Fauno.

De repente Pablo espetó:

—¿Me equivoco o me ha dicho antes que es nacida en Rusia?

—Es usted muy curioso—opuso ella pretendiendo desviar el giro de esta conversación.

—No..., no—negó él—. Pero me gustaría saber algo más de usted.

—No merece la pena—rechazó Nadia.

—La curiosidad es obligatoria dentro de estas ruinas... Si estas columnas nos interesan tanto porque son antiguas, ¿quiere usted que no me interese por lo que es más moderno?

Ahora la curiosa fue ella.

—¿Cómo ha podido adaptarse a vivir en este país en vez de irse a una gran ciudad?

Pablo aventuró una explicación.

—Verá usted: Pompeya tiene una historia más importante que la de muchas ciudades. Estas ruinas son el recuerdo de una civilización que conquistó el mundo abriendo el camino al Cristianismo.

El escepticismo de Nadia volvió a patentizarse.

—Es otra forma de decadencia.

—No. La decadencia ha sido abrasada por las llamas del Vesubio.

—¡Bah! Pero era gente que tomaba de la vida lo mejor que podía ofrecerle.

Pablo en manera alguna compartió aquella opinión:

—Esa es una concepción pagana de la vida. La civilización nació precisamente con el Cristianismo. Y esta tierra bendita, tan llena de sol y de colores, es la Naturaleza que resurge de la muerte. Too aquí habla de la divinidad.

Nadia seguía disintiendo:

—No soy de su opinión. Para mí, Pompeya podría reducirse a ser objeto de una crónica de hace veinte siglos, de esas que publican hoy los periódicos en cuatro líneas.

Pablo, correcto, resumió ambos criterios con estas palabras:

—No hay duda de que vemos las cosas desde un punto de vista opuesto.

—Sí, en efecto—concedió ella—. Estamos muy alejados.

De esta forma los dos, por común acuerdo, abandonaron un tema sobre el que jamás podrían llegar a coincidir.

Pablo, entendiéndolo así, la preguntó:

—¿Puedo saber su nombre?

—Me llamo Nadia.

—Nadia... Y ¿qué más?

Ella sonrió halagada en su vanidad femenina.

—Nadia es suficiente.

—¿Es que soy indiscreto?

—Un poco curioso. Vamos a reunirnos con mi comitiva..., no sea que se vayan.

Una vendedora de flores cruzóse con ellos y, zalamera, ofreció la mercancía.

Pablo compró un ramo y depositólo en manos de Nadia.

—¡Oh! ¡Gracias, muchas gracias!

Pablo volvió a la carga:

—¿Dónde vive usted?

—Es usted muy curioso—reprendió ella dibujando en su rostro la más linda de las sonrisas.

—¿Puedo acompañarlo?

—No. He venido con la comitiva.

—Entonces la telefonearé—propuso él.

—No tengo teléfono.

—¡Oh! Cuantas mentiras...

En este momento llegaban al lugar donde la caravana de turistas parecía estar esperando a Nadia. Esta inició la despedida.

—Gracias, y hasta que nos veamos otra vez.

Pablo, ocurrente, arguyó:

—Hemos tenido un naufragio y la erupción del Vesubio... ¿Qué otra cosa debemos esperar para vernos de nuevo?

Nadia rió deliciosa, mostrando su dentadura impecable.

—Un terremoto, y entonces podremos encontrarnos.

—Y ¿por qué no en una tarde tranquila y sin desastre?

Nadia volvió a reír.

—¡Oh, no! Sería muy poco interesante.

La voz del cicero se cortó imperiosamente la despedida:

—Señorita, nos vamos.

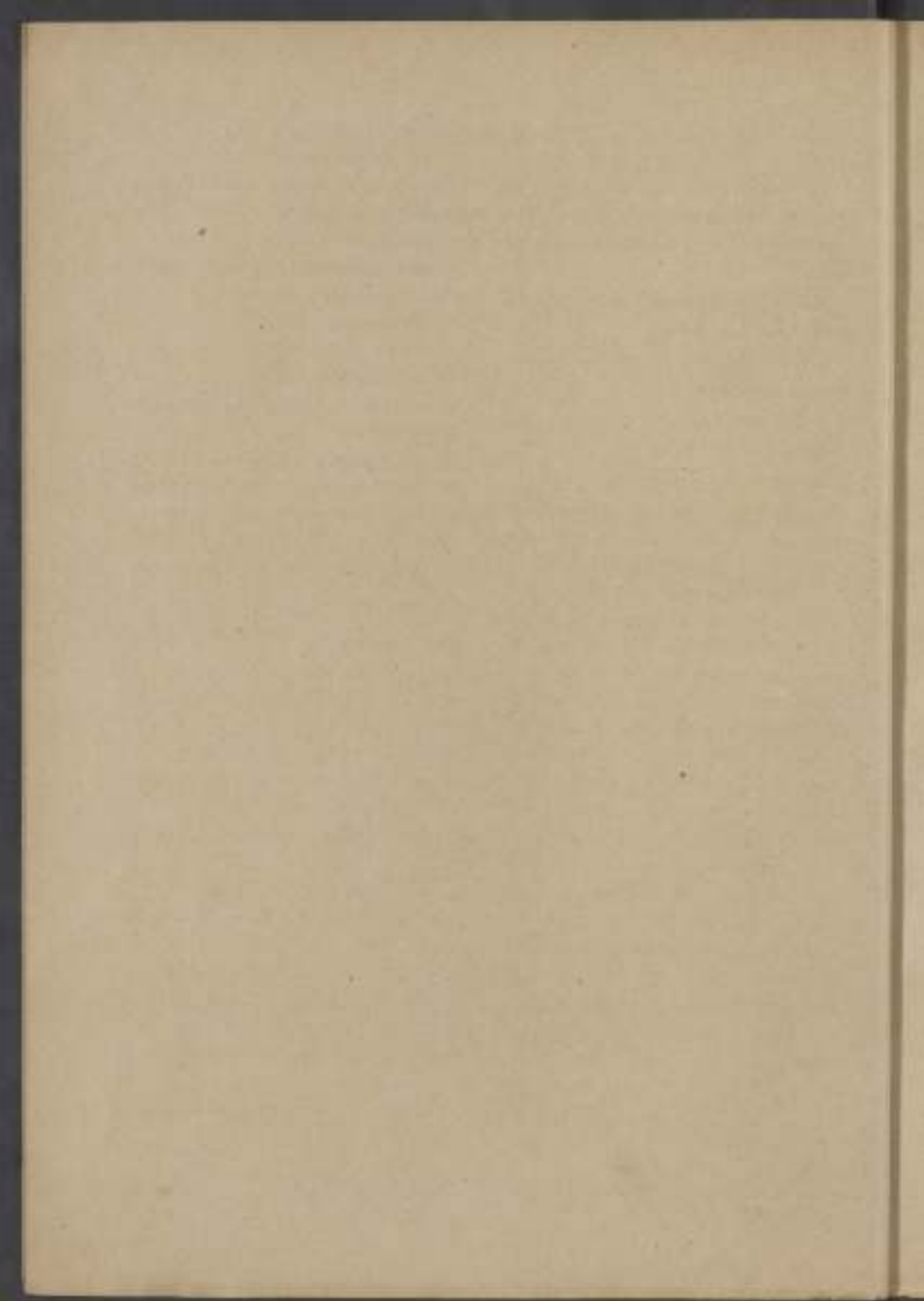
Nadia, apresurada, tendió su mano linda, que Pablo estrechó.

—Me llaman. Adiós.

—Hasta pronto.

Nadia, portadora del ramo de flores, se alejó de Pablo con paso medido y rápido.

El, al tiempo que la veía separarse, pensaba que, por irónico contraste, era ahora cuando más se acercaba a ella.





VI

Nadia regresó al hogar, donde había rato llegado su hermana, y entró radiante de alegría. Aquel ambiente primaveral, universalmente delicioso, la iba ganando por momentos.

Además, el encuentro con su salvador puso una alegría en aquella cara, que trajo de Rusia ese tinte sombrío de todas las víctimas del imperio bolchevique. No le desagradaba a ella Pablo; pero veía en aquel amor una quimera. La diferencia de religión, mejor dicho, la ausencia en ella de todo principio religioso, hacía punto imposible el que aquellas almas llegaran a vislumbrar un punto de coincidencia.

No obstante, según dijimos, Nadia arribó a la casa con el mejor humor reflejado en la cara.

—¿Te ha gustado Pompeya?— preguntó Elena mientras aquella se despojaba del diminuto cubrecabezas.

—¡Qué maravilla!— exclamó Na-

dia casi radiante de felicidad.

—¡Qué luz! ¡Qué sol!

Y alargándola el ramo de flores con que la obsequiara Pablo, ofreció:

—Ten.

—Gracias, Nadia.

Esta, grandemente entusiasmada, entró en el terreno de las confidencias:

—Figúrate que he encontrado a mi salvador. Así he podido darle las gracias.

Elena, femeninamente curiosa, indagó:

—Y ¿cómo es? ¿Es simpático?

—Sí— afirmó Nadia— Es simpático. Y muy educado, pero...

Su hermana concluyó la frase:

—Pero te gusta.

Nadia, cual si acabaran de descubrirla una inocente trampa, rió, y su risa prendió en Elena. Las dos jóvenes, cual dos chiquillas, rieron con ganas.

Elena volvió a la carga:

—Dime: háblame un poquito de él... ¿Quién es?...

—Es un ruso—informó Nadia.

—¿Interesante!

—Un artista... pero... fuma en pipa... ¡Qué horror!

Elena apreció en su justo medio las últimas palabras de su hermana y, por una lógica asociación de ideas, relacionó la impresión que a Nadia produjera su encuentro con el propósito de ésta de regresar a Rusia.

—¿Continúas pensando en marcharte?—preguntó Elena dejando caer las palabras con todo el peso de su doble intención.

—¡Claro! ¿Por qué?

—Por nada.

La doncella, uniformada, llegó hasta ellas, cortando en flor el diálogo, que prometía ser interesante:

—¡Señorita! Llaman a la señorita Nadia al teléfono.

Esta, extrañosa un tanto,

—¿A mí? ¿Quién?

Pero la doncella no supo contestar.

Nadia tomó el receptor y en seguida un mohín de alegría iluminó su rostro. Era Pablo el comunicante.

—Deseaba decirle—hablaba el pintor—una cosa que se me ha olvidado... No, no; por teléfono no puedo.

A Nadia le hizo gracia el lance y preguntó:

—¿Y cómo ha sabido?... ¡Ah! Me ha seguido, ¿eh?...

Del otro lado del hilo telefónico debió venir una proposición de cita que Nadia debió aceptar en principio por cuanto dijo:

—¿Dónde?

Pablo puntualizó:

—En la Hostería del Vesubio... Es un sitio bellissimo. A mediodía, ¿eh?

—No podré ir—denegó ella—; no...

Pero él insistía con tanto tesón que Nadia concedió al fin:

—Bueno... Quizá...

—De acuerdo... La espero. Hasta mañana.

—Hasta mañana—repitió Nadia como si fuera el eco.

. . .

Pablo no había exagerado al asegurar que la Hostería del Vesubio estaba emplazada en el lugar más estratégicamente artístico de esa ciudad, que a los pies del famoso volcán se ofrecía como primera víctima propiciatoria del coloso que aunque muy de tarde en tarde, da muestras de su imponente actividad.

LA MUCHACHA DE MOSCÚ



—Es la primera vez que bebo vino de Capri.



—Nadie intenta consolarme. —Acaá vivien algún día.

El volcán duerme siglos y siglos, parece en calma, pero no muere. La débil columna de humo que continuamente brota por su cráter es aviso macabro de un extraordinario poder, que cualquier día puede manifestarse. Y los habitantes de Pompeya lo saben y desafían el peligro de morir sepultados bajo las ardientes montañas de lava. Es quizá el riesgo perenne lo que hace más imponentemente seductora la vida en aquel lugar, que por irónico contraste de la Naturaleza, resulta agradable y bello.

En aquel sitio reunieron de nuevo los dos jóvenes en otra entrevista que iba reforzando una amistad que ya tocaba los linderos de pasión fogosa como el volcán que los contemplaba.

—¡Maravilloso! ¡Maravilloso! — elogiaba Nadia con sincera admiración—. Vale la pena venir aquí.

Pablo bromeó:

—Si es que mi presencia le molesta me puedo ir de aquí.

Nadia por primera vez le miró dulcemente, y en sus ojos iba envuelto el deseo de que tal no hiciera. Apuró con deleite un vaso de vino, y luego confesó:

—Es la primera vez que bebo vino de Capri.

—Es una especialidad de aquí... Beha, que eso también forma parte del cuadro.

—Será mejor que no beba—objetó la joven.

—¿Es peligroso?—aventuró Pablo. Nadia, para desmentirlo, bebió de nuevo.

—Dígame, ¿Cuándo se marcha?

—Mi barco sale dentro de siete días.

Pablo frunció levemente el ceño:

—Pero ¿es realmente necesario que se vaya?

—Continúo mi viaje.

El que ya amaba a Nadia, procuró desviarla del propósito:

Y... ¿no existe nada capaz de retenerla aquí?

—No sé... Quizá... — articuló ella—. Pero mi trabajo me lo impide.

Pablo la miraba con ardor.

—Es extraño, Nadia; pero tengo la sensación de conocerla hace mucho tiempo.

Ella por primera vez acusó la innata coquetería femenina.

—Eso ya me lo han dicho otras veces. ¿No se le ocurre nada más original?

—Sí — afirmó, apasionado, Pablo—. Que si de veras piensa marcharse yo haré todo lo posible por impedirlo. Le juro que no dejaré que se marche.

—¿Por qué?

Pablo aproximó su cara a la de



ella y contestóla al oído como en un susurro:

—Porque... ¡Te quiero, Nadia! ¡Te quiero!

Ella no opuso resistencia al ademán de él y entornó los ojos para mejor saborear la deliciosa música de aquellas palabras.

El amor había anudado su primer lazo.

Los cinco días siguientes a la entrevista de la Hostería del Vesubio fueron una era de incalculable felicidad que Nadia y Pablo gozaron y vivieron con la intensidad de sus sentidos.

Un amor grande, arrolladora pasión, los hizo vivir en estas breves jornadas la felicidad jamás soñada.

Queriendo sacar todo el partido posible al escaso tiempo que les quedaba de estar juntos: los dos enamorados vivieron el uno para el otro sin separarse apenas las horas precisas.

El amor, que todo lo idealiza, les acuciaba a buscar para sus paseos los lugares más profusamente donados por la Naturaleza. Un marco de flores era el más adecuado para el amor de Nadia y Pablo y un vergel de primavera, que en Pompeya es harto frecuente, el sitio preferido para postizar aquel amor. Pablo, que era pintor, y por pintor algo poeta, lo comprendía así; y ella, que aho-

ra despertaba a todos estos encantos, se dejaba llevar en alas de esta felicidad, que, por humana, podía quebrar.

La víspera del día fijado para la partida de Nadia, ella y Pablo, a pleno campo, sentados sobre el césped, reposaban.

Nadia, que no se cansaba de elogiar tanta belleza, exclamó otzando el paisaje:

—¡Qué hermosura! ¡Qué encanto! No me imaginaba que esto pudiera ser tan bonito.

En este momento reparó en un diario de su país que Pablo llevaba en uno de sus bolsillos. El formato le era sobradamente conocido.

—¿Qué es esto? ¿Un periódico ruso?

—Sí—respondió Pablo—. ¡Un horror! Figúrate que hay un artículo que pone en ridículo lo más sagrado que tenemos: la fe.

—Mira, mira—apregó mostrándole el periódico—. Y es una mujer quien lo escribe... ¡Es increíble!

Nadia, al ver la firma del artículo, palideció un tanto:

—¿Tendrá sus razones para hacerlo! —disculpó apartando la vista de aquella firma; que era ni más ni menos que el pseudónimo que ella empleaba.

—No hay ninguna razón para hacerlo. La fe se debe respetar—insis-

tió él sin adivinar el efecto que sus condenatorias palabras producían en la amada.

La tarde iba declinando. El día aquel, último que pasaban juntos, tocaba a su fin. El momento doloroso de la despedida se acercaba, y esto ponía en sus palabras y rostros un hábito de melancólica tristeza.

Pablo la propuso una vez más ante el temor de la separación:

—Nadia, ¿quieres ser mi esposa?

Ella, que ya amaba a Pablo sobre todas las cosas y que seguía apreciando el hondo abismo que les separaba, rechazó de nuevo. ¡Oh! Si él supiera...

—Te quiero, Pablo. Pero por eso deseo que no nos casemos. Sería un gran error.

—No te vayas, Nadia. Desde ahora mi vida tiene objeto...

Y tomaba sus manos y las besaba con la nerviosa crisis de aquel amor de desesperación.

Ella le dejaba hacer; pero, insensible, seguía tratando de paliar el desconsuelo del pintor:

—No es posible... Confiemos en el destino.

—Espera unos días todavía. Tomarás otro haren.

Nadia razonó:

—Cada día que pase hará más difícil nuestra separación... ¡Mañana! Ya lo he decidido. Es mejor así.

Pablo, casi gimiendo, calculó:

—No sé si tendré fuerzas para despedirte.

—No; no vayas—apoyó ella—. Sería más doloroso.

Pablo pareció conformarse.

—No voy a ir. Me quedaré en casa, esperando verte aparecer, como siempre, contenta y feliz.

Nadia intentó consolarle.

—Acaso vuelva algún día.

—¡Ojalá fuera mañana—deseó él—. Te esperaré, Nadia... Te esperaré.

Y firme en la voluntad de su deseo firme aseguró:

—¡Te esperaré! ¡A qué hora sale el vapor?

—A las nueve.

Rotundo afirmó de nuevo:

—¡Mañana te esperaré!

. . .

Al día siguiente, y a la misma hora que zarpaba de Nápoles el barco rumbo a Rusia, Pablo, en su apartamento de soltero, había preparado todo lo necesario para una comida, a la que no dudó un momento acudiría ella.

Sobre la mesa, lo suficientemente cumplida para dos cubiertos, estaba todo a punto para empezar. Unas flores recién cortadas ponían la nota

inconfundible de que allí se había dado cita el amor.

El tiempo pasaba con celeridad que la impaciencia del galán acrecentaba.

Pablo por cuarta o quinta vez aproximó su frente al cristal del ventanal, desde donde se distinguía perfectamente la calle por donde su corazón presentía que Nadia iba a aparecer de un momento a otro.

Y también por cuarta o quinta vez llamó a su asistenta:

—¡Ana! ¡Ana!

La vieja sirvienta se le aproximó tímida, cual si temiera hacer ruido:

—Aquí estoy.

—¡Ah! ¿Estás aquí? Dime, Ana: ¿la campanilla funciona?

—Ya lo creo.

—Bien—acató Pablo reanudando su observación tras el ventanal.

Un breve silencio volvió a invadir la estancia, durante el cual sólo percibiéndose el monótono y rítmico tic tac del reloj.

—¿Quiere algo más?—se ofreció la criada.

—No, no; nada más...

Cuando aquélla casi ganaba la puerta, la voz del señorito la hizo volverse:

—¡Ah! Oye: ¿has dejado entornada la cancela?

—Sí, señor. Y también la puerta del jardín.

—Está bien...

—¿La señorita viene de Nápoles?

—se atrevió a preguntar la anciana.

—Sí, sí... —respondió maquinalmente Pablo.

—¿Tenemos que esperarla?

—No importa, Ana.

—Pero ¿usted no come?—insistió terca.

—No. No tengo apetito. Anda, ve a descansar.

Ana encogióse de hombros sin acertar a explicarse la decisión de su señor, en quien no era muy frecuente esto que ella calificaba de rareza.

Volvió el silencio a reinar en la estancia y volvió a imponerse el acompasado tic tac del reloj, que con sus manecillas acusaba palpablemente el fracaso sentimental de Pablo.

Decididamente Nadia no vendría. Quizá hubiera podido más en ella el deseo de reintegrarse a su patria que obedecer el dictado de su corazón.

Pablo empezaba a reconocerlo así cuando a su espalda alguien habló:

—¿Vive aquí el señor Pablo Gresqui?

Volvióse rápido al conjuro de esta voz, que tan de sobra le era conocida, y con la más viva alegría esculpida en el semblante exclamó:

—¡Nadia!... ¡Nadia!...

La estrechó entre sus brazos mientras ella bromeó todavía.

—Me parece que tenía una cita



con usted, si no recuerdo mal.

—En efecto—expuso Pablo siguiendo la corriente—pero la señora llega con un ligero retraso.

—Entonces me voy—dijo Nadia iniciando el ademán de marchar.

El rápido, lo evitó tomándola de nuevo en sus brazos:

—No, no, amor mío. Ven...

Tomaron asiento y Pablo habló de esta guisa:

—¿Y tu barco?

—Ha salido ya.

—Entonces... te quedas, ¿verdad?

—preguntó Pablo radiante de felicidad.

—No lo sé... El próximo vapor saldrá dentro de ocho días.

El suplicó:

—Pero tú, no, Nadia. Tú no te marcharás nunca más.

—No sé, Pablo... Además, ocho días son muchos días.

Rieron ambos enamorados con la risa feliz del anhelo logrado.

—¿Puedo saber quién eres?

—Ya lo sabes: Nadia.

—Nadia ¿y qué más?

—Nadia y nada más—cortó ella dibujando una sonrisa.

—Entonces, señorita Nadia y "nada más"—yo quería decirle que...

El resto de la confidencia no lo escuchó más que ella, pues los labios de él vertieron las restantes palabras bien al oído de Nadia.

Cinco minutos después Nadia y Pablo celebraban con un banquete simpático la alegría del retorno de ella, que... no había salido de Pompeya.



## VIII

Al día siguiente de aquella promesa en las relaciones amorosas, sellada en la intimidad de una comida, Pablo Gresqui, que podía considerarse en aquel momento como uno de los más felices mortales del planeta, encaminóse a visitar al padre Lorenzo, su noble amigo, de quien necesitaba la ayuda reconfortante de sabios consejos.

Le halló, como siempre, dedicado a sus pequeños, a los que inculcaba las enseñanzas cristianas con un procedimiento de persuasión ejemplar.

Le agradó sumamente volver a ver a Pablo, a quien no veía desde el trágico naufragio del *Atlantic City*.

—Le había prometido venir a contarle algo de mis tristezas... y, en cambio, hoy quiero hablarle únicamente de... mi felicidad.

El buen misionero celebró de veras la circunstancia, pues estimaba profundamente a Gresqui.

Este prosiguió su relato:

Padre Lorenzo... amo y soy co-

respondido. Se trata de un sentimiento profundo, sincero...

Bien—acató el religioso—. ¿Y en qué puedo serle útil?

—Padre, yo quisiera hacer santo, duradero y bendito este vínculo.

El padre Lorenzo comprendió al momento.

—Y usted quiere que yo...

—Sí—ratificó Pablo sin dejarle concluir.

—¿Qué alegría tan grande, hijo mío!

—Gracias, padre... pero no es tan sencillo como parece.

El ceño del misionero se ensombreció un tanto al ver que su interlocutor había perdido súbitamente la alegría.

—¿Qué dificultades existen?—preguntó alarmado.

—¿Sabe usted quién es ella?

—No.

—Pues también la conoció usted en el *Atlantic City*... Se salvó en su misma lancha... Aquella rusa...

El padre Lorenzo cayó en seguida, y hasta explicó su encuentro con ella hacia unos días en la visita a las ruinas.

Pablo prosiguió el curso de sus tribulaciones:

—Se llama Nadia. Es todo cuanto sé. Es encantadora; pero he advertido en ella... ciertos sentimientos extraños. Sus principios son completamente opuestos a los míos.

—Ya lo imagino—dedujo con lógica el misionero.

—Figúrese—siguió Pablo—que cuando le hablo de familia... de porvenir... ella casi bruscamente cambia de conversación. En fin: aun no he conseguido que me diga si consiente en ser mi esposa.

—¡Oh! Precisamente todo lo contrario de lo que ocurre con las otras chicas—bromeó ocurrente el misionero.

Pablo propuso.

—Cualquier día, si usted quiere, la traeré aquí y usted la dirá todo esto.

—Venga cuando quiera; y por el momento, mi enhorabuena.

—Gracias, padre Lorenzo.

Se estrecharon la mano afectuosamente en señal de despedida.

Fué en este momento cuando el misionero advirtió en la muñeca de su amigo ciertas manchas sospechosas a flor de piel.

—¿Qué es esto?—preguntó inquieto el religioso.

—Nada—respondió Gresqui sin concederle la menor importancia.

—Tengo otra mancha igual aquí, en el hombro. Me han aparecido hace un par de meses.

El padre Lorenzo, disimulando a duras penas su sobresalto, indagó:

—Pero... ¿se lo ha hecho usted ver?

—Sí. El médico me ha dicho que son simples erupciones cutáneas. Desaparecerán en breve.

—De todos modos, sería mejor que se hiciera visitar por un especialista—aconsejó el religioso.

A Pablo acabó por llamarle la atención la actitud del padre Lorenzo:

—Pero... ¡De qué manera tan rara me está mirando!

—¿Es usted insensible al dolor?—inquirió firme el misionero.

Pablo rió del temor infundado de su amigo.

—¡Padre Lorenzo! Pero... ¿cree usted de veras que se halla ante un leproso? Nunca he estado tan bien como en este momento.

—Lo creo. Ya iré a verle.

—Le esperaré. Hasta pronto.

—Hasta pronto.

Volvieron a estrecharse la mano y Pablo abandonó la abadía, algo preocupado por los temores del religioso.

IX

Regresaban los dos enamorados de sus múltiples paseos en un coche de alquiler descubierto, para mejor saborear las delicias del paisaje, que en aquella tierra de promisión adquiría caracteres de maravilla.

El vehículo detúvose ante una vieja botillería.

—¿Me perdonas que no pueda seguir acompañándote?—suplicó él—. Créeme que siento tanto dejarte...

—Y ¿no puedo ir contigo?

—¡Oh! No. Lo he prometido.

Nadia no insistió; antes bien, pareció conformarse.

—¿Mañana?—preguntó Pablo.

—¿Dónde?—concedió ella.

—Quisiera llevarte conmigo al Santuario de Pompeya a ver al padre Lorenzo, ¿quieres?

—Sí.

—Hasta mañana—despidióse él depositando un beso en la mano de su amada.

—Hasta mañana.

Pablo Gresqui adentróse en el establecimiento, y el coche partió llevándose a Nadia.

En un rincón apartado de la cervecería tres individuos parecían aguardar la llegada del joven geógrafo. Todo daba a entender que se trataba de una reunión preconcebida; algo parecido a una conspiración laboriosa, toda vez que los amigos que le esperaban eran compatriotas suyos, compañeros en el exilio voluntario.

Tras el laconico saludo de rigor Pablo habló:

—He recibido vuestro recado. Perdonad el retraso... ¿Y Wladimiro?

—Se marchó—respondió uno de ellos.

—Bien—aprobó Pablo—. ¿Hay alguna noticia de fuera?

—Ninguna—informó otro—, y tampoco de ti. Hace una semana que no se te ve.

Gresqui prefirió ocultarles el moti-

vo de su temporal retraimiento y disculpóse como pudo:

—¡Oh, trabajo mucho!... ¡Eso es!

En el semblante de sus compañeros Pablo adivinó que no había causado el subterfugio.

—Pero... ¿Qué significa vuestra actitud? ¿Tenéis alguna cosa que decirme?

El que parecía ejercer más autoridad de los tres se encaró con Pablo.

—En estos días se te ha visto por ahí con una muchacha rusa.

Gresqui juzgó inútil negar.

—Exacto. La he dejado en este momento.

—¿Sabes quién es? —le espetó otro dando a sus palabras un tinte sombrío de misterio.

—No. Con precisión, no.

—Es Nadia Nivel, la famosa propagandista bolchevique de *La Pravda* en América.

A Pablo extrañóle tal revelación, y, todavía incrédulo, quiso cerciorarse.

—Y... ¿cómo sabéis vosotros todas esas cosas?

El contertulio que aun no había dicho nada terció en la conversación.

—Yo he conocido a su padre... Y... ¿sabes quién era?

Pablo hizo un gesto que denotaba su indiferencia hacia el progenitor de su amada.

El informante prosiguió,

—Era Teodoro Navaloff... El comisario del pueblo... que hizo fusilar a tantos de los nuestros.

La noticia produjo en Pablo el efecto de un mazazo. De golpe se derrumbaban sus más caras ilusiones, sepultando la felicidad que tan segura tenía.

Los restantes asuntos a tratar en aquella entrevista no merecieron su atención, ocupada totalmente en calibrar el obstáculo insuperable que cortaba la marcha ascensional de aquella felicidad con la que tanto soñara... Cuando los cuatro compatriotas se separaron, Pablo, ahumado por el peso de su infortunio, encaminóse a su casa, y como un autómatas penetró en ella.

Ana, la vieja sirvienta, le salió al paso con una carta en la diestra.

—Ha venido el padre Lorenzo y le ha dejado esta carta.

Pablo rasgó el sobre con la indiferencia de quien ya no le importa nada, y sin inmutarse siquiera leyó:

... de acuerdo con lo que hablamos, le confirmo que esa terrible enfermedad hace insensible al dolor la parte atacada del cuerpo. Dígame si tiene ese síntoma y perdone mi insistencia...

Gresqui quedó por un momento pensativo con la carta entre sus dedos. Poco a poco estrujó el papel, y



LA MUCHACHA DE MOSCÚ



—¿Me perdonas que no pueda seguir acompañándote?—suplica él.



—Nada, amiga, acató la voluntad de su amado.

cuando no fué más que una informe solita lo arrojó indiferente.

El asunto de Nadia seguía ocupando lugar preferente en su imaginación.

\* \* \*

A primera hora de la tarde, Nadia, igual que todos los días, llegó a verle.

—Buenas tardes, Pablo.

—Hola.

La sequedad del saludo hizo a la joven reparar en que Pablo no había salido a su encuentro cariñoso como otras veces.

—¿Qué tienes? ¿Qué te sucede? ¿No me das un beso siquiera?

Pero él permaneció inmutable.

—Perdóname, Nadia: tengo que decirte una cosa muy grave. Siéntate.

A ella le empezaba a preocupar tan extraña actitud en Pablo.

—Pero...

El la atajó:

—Siéntate, te lo ruego.

Ella obedeció esta vez, no sin antes inquirir una explicación.

—Pablo... ¿Por favor! ¿Quieres decirme qué ha sucedido?

Gresquí, por toda respuesta, dijo:

—Tú has decidido marcharte, ¿verdad?

—Sí; te lo había dicho, en efecto. Pero no comprendo por qué me lo

preguntas ahora. El otro vapor saldrá posado mañana.

Pablo, secamente, recomendó:

—Entonces te aconsejaría que no lo perdieras.

Nadia se puso en pie rápida. La extrañeza casi la impedía hablar. ¿Eran posibles en Pablo aquellas palabras?

El explicó:

—Creo que será mejor así... por ti, por mí... por todos.

La joven, bruscamente desconcertada, exigió una justificación a cambio tan radical y súbito.

—¿A qué viene esta actitud? Explicáte, te lo ruego.

Pablo bajó la vista cual si temiera afrontar la mirada de ella en lo que iba a decir y tímidamente balbuceó:

—He sabido quién eres.

—¿Y qué?—clamó ella.

—He sabido quién era tu padre.

—Un hombre que combatió por sus ideas—afirmó Nadia con ostensible aplomo porque comprendía llegado el momento de arrostrar lo más gallardamente la situación.

Pablo recalcó:

—Un comisario del pueblo: Teodoro Navaloff.

—Sí—coincidió ella—¿Y bien?...

Pablo acusó con rabia mal contenida:

—Mis padres fueron fusilados por orden suya.

Nadia, ante quien se abría la sima honda de lo imposible, rugió:

—¡Ah, no!... ¡Eso no es posible!

—Tengo pruebas.

La joven periodista momentáneamente se dejó vencer por el peso de tan poderosas razones, pero en seguida reaccionó.

—Y si fuese verdad... ¿qué culpa tengo yo, si esto sucedió cuando yo contaba dos años? ¿Qué responsabilidad puedo tener?

Pablo, que vislumbró una luz en la deducción de Nadia, dulcificó un tanto el tono de sus palabras.

—Ninguna, Nadia, ninguna. Pero tú debes tener en cuenta que desde este momento nuestro amor es imposible.

Ella arguyó serenamente:

—Nosotros no podemos responder del pasado; no podemos sacrificar nuestro amor por una cosa tan horrible y que nos hierre con igual dolor.

Pablo pareció otorgar alguna concesión a las razones de su amada:

—Sí, Nadia. Tienes razón. El pasado quizá no baste para separarnos. Pero tú has vivido en el clima envenenado del bolcheviquismo. Aquellas ideas son también las tuyas; tus principios son distintos de los míos... Tienes otra fe. No, Nadia. Yo nunca llegaré a comprender vuestras teorías. Yo no seré jamás "un alma

Dios". ¡No, no!... ¡Nunca podremos comprendernos!...

Nadia, retadora, le desafió con estas palabras:

—¿Qué importan las ideas cuando se ama de veras, como yo te amo? Yo no te he preguntado cuáles eran tus principios... Sólo el amor cuenta, y tú no me quieres...

Pablo sostuvo gallardamente su punto de vista aun a trueque de destrozarse el corazón:

—Para mí el amor no puede vivir sin una perfecta afinidad espiritual que lo justifique: la unión de la familia.

—¡La familia! Mi padre me abandonó cuando yo tenía tres años. Mi familia fueron mis compañeros de fe. En cuanto a la religión... ¡nadie nunca me enseñó a creer!

A sus ojos acudieron unas lágrimas que indudablemente vertieron en el corazón de Pablo.

—¡Nadia! ¡Nadia! No me llores. ¡Te lo ruego! ¡No!

Ella, sollozante, prosiguió:

—Mis ideas, es verdad, fueron hasta ahora opuestas a las tuyas; pero desde el día que empecé a quererte... tú lo has sido todo para mí: mi religión, mi familia, mi amor... ¡Tú no me quieres!

Pablo, fuera de sí, trataba de enjugar aquellas lágrimas que tanto le



dolían, mientras juntándola su cara repetía:

—No. Tú no tienes culpa alguna. Yo te quiero a pesar de todo, Nadia. Te quiero. Perdona. Tienes razón: cuando se ama, todo lo demás no cuenta.

Nadia, en una sincera explosión de su corazón al ver conjurado el peligro, exclamó:

—¡Gracias, Dios mío!

A Pablo chocáronle alegremente esas palabras.

—¿Qué es lo que has dicho?

—No sé. Ya no sé nada. ¡Soy tan dichosa!...

El arco iría de la felicidad brillaba después de la tormenta. La reconciliación reforzaba aquel amor, forjado a fuerza de obstáculos.

¿Cuánto tiempo estuvieron diciéndose linderas y evocando los preliminares de sus relaciones cuando se conocieron contemplando desde el *Atlantic City* el culebrear de unos delfines en el océano?

El tiempo, que para los enamorados transcurre cual si pasase calzado con zapatillas para no ser advertido, consumió la tarde, que en su agonía sólo una claridad tenue podía ofrecer a través del ventanal.

La habitación iba quedando casi a oscuras cuando Pablo levantóse y preparó todo para encender unas velas. Tomó unas flores que yacían olvidadas e introduciéndolas en

un búcaro las rodeó de aquellas pequeñas velas.

En esta manipulación las llamas empezaron a requemar la carne de su brazo, pero él pareció no acusar molestia alguna.

Fue Nadia la que, advirtiéndolo, separó bruscamente el candelabro mientras recomendaba:

—¡Pablo! ¡Cuidado! ¡Te estas quemando!

—No, no—repetía éste, que, en verdad, nada había notado.

—Si te has quemado... ¡Fíjate!

Y Nadia le mostró su carne requemada, ante lo cual Pablo reconoció:

—¡Ah, sí! Es verdad... Me he quemado.

A ella le extrañó el fenómeno.

—¿No sientes ningún dolor?

—No; nada.

Ella insistió, incrédula:

—Pero... ¡cómo! ¿No te hace daño?

—No he sentido nada—repitió Pablo, cuyo semblante empezaba a ensombrecerse.

—Déjame ver—porfió ella.

—Si no es nada—opuso el pretendiendo quitar importancia al lance, aunque en su corazón iba ganando ya terreno la negrura de un funesto presentimiento.

Ella, terca, insistió de nuevo:

—Déjame ver.

—Es mejor que acabes de arreglar



las flores. Aunque sería preferible que regresaras a casa. Tal vez es tarde para ti.

—¿Por qué? —preguntó extrañada Nadia, que empezaba a observar en Pablo una actitud poco frecuente.

El disculpó como pudo su sugerencia.

—Porque... en una población pequeña como esta—; además, esta noche preferiría estar solo.

Nadia, sumisa, acató la voluntad de su amado.

—Está bien. Haré lo que quieras. Pero... ¡No lo comprendo! ¿Te es imposible olvidar!

—¡Oh, no! —protestó rápido él.

—Entonces, si no es eso, ¿por qué no me abrazas? ¿Qué es lo que te hace sufrir?

Pablo no sabía cómo justificarse.

—Perdóname, Nadia. Mañana todo habrá pasado. Te lo prometo.

—Si no te sientes bien me quedaré contigo—ofreció, cariñosa, la joven.

—No —rechazó él—. Estoy perfectamente. ¿Qué quieres que tenga? ¡Vete, por favor!

Ella resignóse con lo que juzgaba capricho pasajero de él.

—¿Mañana habrá pasado la nube?

—¡Claro que sí, Nadia. Pero... vete... vete... en seguida; vete...

—Sí, sí; hasta mañana.

El la empujó hasta la puerta cual si le hubiera invadido una prisa loca por verla desaparecer de la estancia.

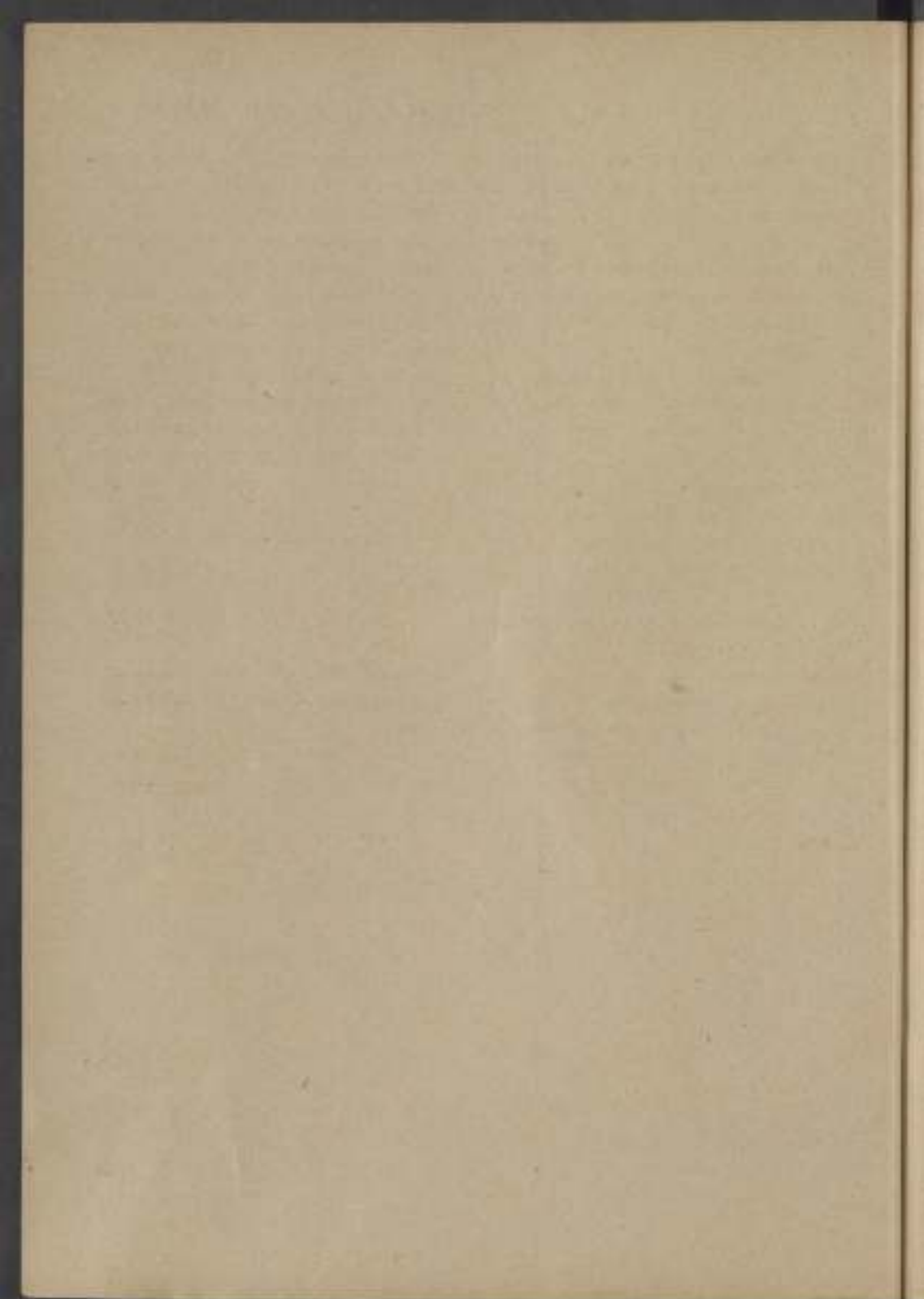
Cuando quedó solo dió rienda suelta a su desesperación, y derrumbándose sobre un diván cubrió la cara con ambas manos mientras repetía como un poseso:

—¡No he sentido nada! ¡No siento nada!...

A esta idea se asoció intimamente el recuerdo de la carta del Padre Lorenzo:

"...esa terrible enfermedad hace insensible al dolor la parte atacada..."

¡¡Lepra!!



X

Al día siguiente, y cual prometiera, Nadia encaminóse a media mañana hacia casa de Pablo y entró en ella con la misma familiaridad de siempre.

—Buenas tardes, Ana...

—Buenas tardes—correspondió la sirvienta— El señorito Pablo no está. Se ha marchado.

Nadia quedó de una pieza.

—¿Se marchó? ¿Cuándo?

—Anoche. De improviso.

La joven, que no acertaba a explicarse aquello, negó en principio:

—No es posible. ¿No ha dejado nada para mí?

Ana, gravemente y cual si presintiera el efecto de lo que iba a decir, agregó:

—Ha dicho que no regresará nunca más.

Nadia creyó desfallecer.

—¡Nunca más!—balbuceó.

Ana, impertérrita, la vió apartarse de la puerta y en seguida atrave-

sar el jardín con paso vacilante y lento como quien no sabe ya dónde camina.

Elena, la hermana mayor, no bien vió a Nadia de regreso advirtió en su rostro señales inequívocas de que algo y muy grave acababa de ocurrirle.

—¡Nadia! ¿Qué te pasa?

La joven por toda respuesta rompió en un sollozo tan a duras penas contenido. Elena, solícita, acudió en su consuelo.

—¿Lloras? ¿Por qué lloras, Nadia? ¿Qué te ha sucedido? ¡Dime! ¡Cálmate! Vamos... ¿Qué te ha ocurrido?

Nadia, con la voz entrecortada por el llanto, pudo decir:

—¡Le he perdido! ¡Se ha marchado!

Elena acarició los cabellos de su hermana mientras trataba de paliar la tragedia con el bálsamo de unas palabras consoladoras.

—¡Por Dios! ¡Cálmate! ¡No te desesperes! Ya verás cómo regresará pronto.

Nadia, mujer fuerte avezada a la lucha, secó al fin sus lágrimas y aparentemente pareció ir aliviando su dolor.

La sobremesa de aquella noche fue triste. Se advertía la ausencia de Nadia, de su alegría, que aunque presente, si, su pensamiento voló bien lejos de allí...

Un embarazoso silencio se iba haciendo dueño de pausas cada vez mayores.

Sonó insistente el timbre del teléfono y Nadia, que era quien estaba más cerca de él, tomó el receptor.

—Sí... sí... Un momento.

—Rogelio...

—¿Qué es?—preguntó el aludido levantando los ojos del periódico que a la sazón leía.

—¡Al teléfono!

A continuación, en el oído de Nadia fueron cayendo, atormentadoras, las palabras que Rogelio pronunciaba por el receptor.

—...Gracias... ¡Diga!... Sí... ¿Cómo?... Pero ¡no es posible! ¿Una denuncia del médico de Nápoles?... Bien... Deme el nombre y la dirección... Pablo Gresqui... Villa Blanca... Pompeya. Pero ¿está usted seguro? ¿Se trata verdaderamente de lepra?

Nadia ahogó un grito en su garganta y como una exhalación abandonó la casa.

Mientras Rogelio, al teléfono, concluyó su conferencia con estas palabras:

—¡Ah! ¿Viene de Africa? Mañana, a las siete, iremos a buscarle.

Nadia llegó rauda al Santuario y solicitó audiencia con el misionero.

—Quiero hablar con el padre Lorenzo.

—¿A estas horas?—preguntó, extrañado, el guardián.

—Sí, sí, ¡por caridad!—suplicó Nadia—. Es urgente; tengo que hablarle.

La fue franqueada la puerta y segundos después se encontró ante el religioso.

—Es su piedad lo que invoco; su piedad de hombre.

—¿Qué puedo yo hacer? ¡Digamelo!—propuso, grave, el religioso.

—Pablo no se ha marchado. Se ha encerrado en su casa.

—Lo sé.

—Es preciso salvarle antes de que se lo lleven. Irán mañana por la mañana. Lo he oído.

El Padre Lorenzo no se inmutó ante la revelación; antes bien, afirmó con aplomo:

—Lo sé.

Nadia le miró, furiosa.

—¿Le ha denunciado usted?



—Era mi deber—razonó el Padre Lorenzo con ejemplar humildad.

Pero Nadia, herida en lo más sensible de sus sentimientos, reprochó con rabia:

—Eso, ni su mismo Dios se lo perdonará.

—No blasfeme usted—rogó el misionero.

La joven dió rienda suelta a la desesperación que inminentemente tenía que estallar. Lloró, rogó, amenazó... Todo en vano.

—¿Qué me importa la vida sin él! ¡Quiero estar a su lado! Curarlo con mis manos, con mi cariño... ¡Que se atrevan a llevárselo! Si deben aislarle, que lo aislen.... pero conmigo.

El padre Lorenzo, conmovido ante el dolor de la infeliz, aconsejaba resignación:

—El no puede, no debe volver a verla; usted lo sabe.

—¡Quiero verle!—pedía ella—. ¡Lléveme a su lado! Se lo pido en nombre de ese Dios en quien usted cree...

Y con rabiosa desesperación se retorcia las manos.

—¡Voy a volverme loca! Voy a volverme loca!

—Porque no tiene fe. Porque usted no sabe rezar.

Nadia, mecánicamente, repitió:

—No; no sé rezar.

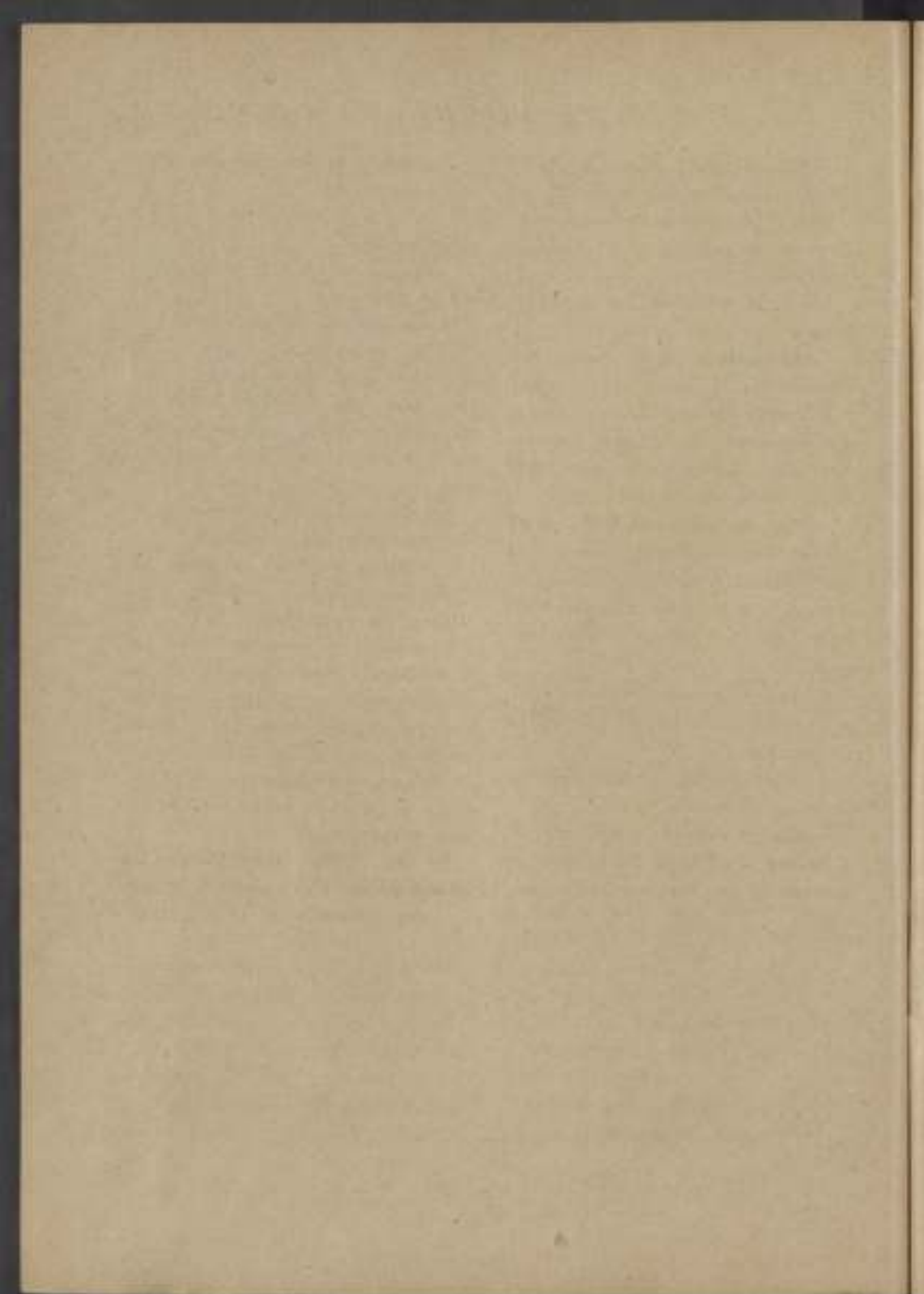
Acaba usted de rogarme a mí. Pues bien; con idéntico fervor encomiéndose a Dios, invoque su nombre con las palabras más humildes, más sinceras.

Y afianzándose en el tono persuasivo de sus palabras, añadió:

—Prueba, inténtalo, criatura de Dios. Encomiéndate también a la Virgen. Te escuchará... Reza...

El efecto de estas palabras fué maravilloso. Nadie remitió en su desesperación, y el gesto exaltado con que pidió a voces ver a Pablo substituyó una dulzura singular, nuncio del acontecimiento que en el corazón de la joven "sin Dios" se estaba gestando.

En su cerebro martilleaban las últimas palabras del padre Lorenzo: "... reza, criatura de Dios, ¡reza!"



XI

No pudo resistir el padre Lorenzo a las súplicas de Nadia, y a pesar de lo avanzado de la noche accedió a acompañarla a Villa Blanca, donde Pablo—ella no se equivocaba—permanecía recluido, aislado por voluntad propia, esperando la llegada de la ambulancia sanitaria.

La habitación de la que Pablo hizo cárcel permanecía cerrada por dentro. El misionero batió con los nudillos en la puerta:

—Soy yo, Pablo... El padre Lorenzo. Abre.

—¿Viene solo?—preguntó desde dentro el joven.

Nadia en voz baja aconsejó al religioso:

—Dígale que sí.

Peor el padre Lorenzo prefirió no mentir:

—No, Pablo. No estoy solo.

—Entonces no abro.

Nadia, golpeando la puerta con ambas manos, suplicó:

—¡Abre, Pablo! ¡Te lo suplico! ¡No entrará!, ¡te lo prometo! Entrará el padre Lorenzo. Pero, al menos, déjame que te vea.

—¿Me lo prometes?

—Sí, Pablo... ¡Pablo mío!

Se sintió el crujir de la cerradura y en seguida la puerta se entreabrió lo suficiente para que el religioso pudiera penetrar. Después volvió a cerrarse.

—¿Por qué la ha traído usted?—reprendió el enfermo.

—Ya no me era posible retenerla alejada.

El religioso acercóse a él; pero Pablo, de un salto, se apartó.

—¡No me toque usted!

—Déjalo. En África he tocado a tantos enfermos... Yo soy inmune.

Nadia suplicaba "herosa.

—¡Pablo! ¡Pablo! ¡Es cruel y ab-

surdo lo que haces! Si el padre Lorenzo ha entrado, ¿por qué quieres impedirme que esté a tu lado?

—No puedo; sería un delito.

Pero ella no aceptaba tal razonamiento.

—¡No es verdad! ¡No es verdad!

Pablo explicó a través de la puerta que les separaba:

—Ayer tarde... aquella quemadura que yo no sentí siquiera me dió la seguridad.

—No... No es la seguridad. Eso no basta...—gritaba Nadia aferrándose al deseo de que así no fuera.

—Eso no basta. Lo he leído. Lo he preguntado. No es bastante, no. Hacen falta otras pruebas. ¡Abre!

Pablo no hizo caso, y ella, apremiante, prosiguió:

—Me han dicho que hay que pincharse con un alfiler, y si no se siente dolor..., entonces, quizá.

El padre Lorenzo apoyó esta tesis:

—Sí. Dicen que... la prueba del alfiler, en algunos casos, es eficaz.

Pablo adoptó rápido una determinación, y dirigiéndose al misionero ordenó:

—Hágala usted entrar.

El Padre Lorenzo franqueó la entrada y Nadia penetró lo suficientemente a tiempo para contemplar a Pablo, que con un alfiler en la diestra se disponía a cerciorarse de una vez.

Y ante el temor de un resultado afirmativo, pretendió evitarlo.

—¡Pablo! ¡No lo hagas, no!

El joven no escuchó, y con energía clavóse el alfiler en la parte atacada. Ni el más ligero estremecimiento, ni la más leve molestia causó el pincharo. Desalentado ante la prueba, que jurgaba irrefutable, exclamó:

—¡Nada! ¡No he sentido nada!

Visto aquello, el padre Lorenzo pretendió llevarse de allí a Nadia, pero ella resistióse:

—No. Yo no le abandono.

—Vamos — suplicó el misionero —. Yo la acompañaré.

—No. Me quedaré aquí fuera. Quiero estar cerca de él.

Abandonaron la habitación, donde quedaba solo Pablo con su infortunio. La puerta cerróse otra vez por dentro con dos vueltas de llave.

El padre Lorenzo, cariñoso, instaba a la joven a dejar aquella casa. Ella, terca, se proponía quedarse allí, en la habitación contigua, aunque el misionero trataba de convencerla de la inconveniencia de tal determinación.

—¡Hasta eso me quiere usted prohibir! —gemía Nadia.

—Le repito que no puede quedarse —argüía el religioso.

—Tengo miedo de lo que puede hacer. ¿Comprende?



LA MUCHACHA DE MOSCÚ



—No, Nadia, es inútil. ¡Nuestro amor está maldito!



—¿Aún está aquí? ¡Venís! ¡No habré descansado en momento!

El padre Lorenzo cayó entonces en la cuenta:

—Tal vez tenga usted razón.

—Tengo miedo por él—clamaba Nadia.

—Bien—propuso el misionero—. Volveré más tarde.

Una hora después Nadia, vencida por tantas emociones, fué resbalando al pie mismo de la puerta que la separaba del amado, hasta quedar sentada en el suelo.

Un pavoroso silencio presidía el estado de ánimo de los dos enamorados.

Por fin, Nadia preguntó en voz alta:

—¡Pablo! ¿Qué haces?

—¿No te has ido todavía?—preguntó él extrañado.

—No. No quiero irme.

—Debes irte, Nadia; debes irte.

—¡No, no!

—Házlo por mí—suplicó Pablo. Pero ella se afanzó en su propósito.

—Yo no me muevo de aquí.

Volvió el silencio a imperar en aquella casa. El reloj impuso entonces su tic-tac mecánico. Ni Nadia ni Pablo dormían. Sus pensamientos, concentrados en la misma idea, era luminaria que mantenía vivo el fuego de un amor que los hados adversos pretendían hacer imposible.

Nadia, siempre vigilante, y ante el temor de una luna y desespe-

rada resolución de él, volvió a preguntar:

—¡Pablo! ¡Pablo! ¿Qué haces ahora? ¡Háblame! ¡Que oiga, al menos, tu voz! ¡Te curarás, Pablo! ¡Te curarás! Estoy contigo. ¡Te curarás! ¡Estoy segura! Yo te espero... eres mi vida, mi amor... ¿Me oyes? ¿Me oyes?

—No, Nadia. ¡Es inútil! ¡Nuestro amor está maldito!

—¡No digas eso!—rechazó ella.

—¡Sí! ¡Maldito! ¡Sí!—repetía Pablo, presa de gran desesperación—. ¡Ese es nuestro castigo! ¡No debíamos amarnos! ¡No podíamos!

Aquellas palabras destruían el corazón de ella.

—¡Yo te quiero lo mismo, Pablo! ¡Te quiero como antes! ¡Mucho más que antes!

El reloj, grave y severo, emitió dos campanadas. A su conjuro y cual si fuera una señal, otros relojes vecinos fueron sonando el par de campanadas.

—Aún nos quedan cinco horas, Nadia.

—¿Dónde te llevarán mañana?

—¡No lo sé!

—¡Pablo! ¡Huyamos! Aún tenemos tiempo. ¡Huyamos juntos! Nos iremos los dos a donde nadie nos conozca... Te cuidaré yo, yo sola, y sanarás, Pablo. ¡Estoy segura!

—¡No llores, Nadia! ¡No quiero

## LA MUCHACHA DE MOSCÚ



*En seguida llegó el padre Lorenzo, quien enterado del sacrificio de Nadia, conmoviase profundamente.*



*—¡Milagro! — exclamó Nadia, atónita y clavando sus ojos en el lienzo de la Virgen.*



que flores!... ¡Hubiéramos sido tan felices!...

—¡Pablo! ¡Pablo mío!

Volvió el silencio a abrir una pausa. Nadia, con el oído pegado a la puerta, escuchó; dentro un ruido extraño denotaba que Pablo estaba manipulando con algo. ¿Qué propósito sería el suyo?

Nadia, apremiante, rugió, porque por su imaginación acababa de cruzar un maligno presentimiento: ¡Cielos! ¿Sería capaz Pablo de...?

Horrorizada cerró los ojos, cual si con ello ahuyentara tan negra idea. En seguida gritó:

—¡Pablo! ¿Qué haces? ¡Quiero oír tu voz! Tú que crees en Dios... ¡No! ¡Cometerías un delito! ¡Escúchame!

—Tienes razón! ¡Debo soportar hasta el fin!

De esta forma Pablo renunció a la malhadada idea del suicidio.

Era bien entrada la mañana cuando la vieja sirvienta reparó en Nadia, que, acurrucada al pie de la puerta de la habitación donde Pablo se había recluso, permanecía despierta.

—¡Señorita! ¿Qué hace usted?... ¡Aún está aquí? ¡Jesús! ¡No habrá descansado un momento!

Nadia, frotándose los ojos, murmuró:

—Hemos velado toda la noche,

Ana descortió la cortina del ventanal y la estancia se iluminó con un sol primaveral que penetraba a raudales.

—¡Hoy es fiesta en Pompeya!—informó.

La voz de Pablo, quien tampoco había dormido, se dejó oír:

—¡Son las siete! ¡Es la hora!

En seguida llegó el padre Lorenzo, quien enterado del sacrificio de Nadia, conmovióse profundamente:

—¡Hija mía!

—¿Ya están aquí?—preguntó la joven con avidez.

—Llegarán dentro de poco.

Efectivamente; no habían transcurrido diez minutos cuando ante la entrada de Villa Blanca detúvose un auto del que descendieron Rogelio, el doctor, y un sanitario. Seguidamente, una ambulancia apareció inmediatamente detrás.

Rogelio y su ayudante penetraron en la casa, donde fueron recibidos solamente por el religioso.

—Buenos días, Padre.

—Buenos días.

—¿Está aquí?

El misionero asintió con un leve movimiento de cabeza y el doctor, acercándose a la puerta de la habitación del enfermo, batió con los nudillos.

—Servicio de Sanidad. ¡Abra usted!



Inmediatamente les fué franqueada la entrada y el doctor y su ayudante, acompañados del abnegado misionero, introdujéronse en el cuarto. Rogelio procedió inmediatamente a un minucioso reconocimiento del enfermo, para comprobar si efectivamente los síntomas eran tan alarmantes como se temía.

Mientras esta operación se llevaba a cabo, Nadia, presa de un exaltado fervor religioso, llegóse hasta un lienzo de la Virgen María, madre de todos los humanos, y cayendo de rodillas, imploró, elevando sus ojos bañados en lágrimas.

Su voz trémula iba musitando una plegaria improvisada, pero que la Virgen apreciaba en su valor porque era del corazón de donde brotaba.

—Yo no sé rezar... Pero si es verdad que existes... si ves mi dolor, ¡apiádate de nosotros! ¡Sálvalo, María!

Las voces de Pablo, que venía hacia ella, sacáronla de su recogimiento.

—¡Nadia! ¡Nadia! ¡Nadia!

—¡Pablo!

—¡No tengo nada! ¡Estoy salvado!

Fundiéronse en estrecho abrazo, mientras el joven repetía:

—¡Salvado! ¡Amor mío! ¡Salvado!

—¡Pablo!

La emoción les impidió pronunciar otras palabras. Pero aquel abrazo era demasiado elocuente.

Rogelio completó su diagnóstico feliz:

—No es nada... No hay ningún síntoma de enfermedad.

Y en la altura de su sabiduría, el doctor no acertaba a explicarse curación tan repentina:

—La Ciencia... no comprende...

Pero el padre Lorenzo sí comprendía, al afirmar:

—La Ciencia no puede explicar el milagro...

—¡Milagro!—exclamó Nadia, atónita y clavando sus ojos en el lienzo de la Virgen.

—¡Sí, Nadia!...—afirmó, loco de júbilo, Pablo.

Nadia comprendió en un momento la grandeza y magnitud de acto tan trascendental. Luego era verdad. Existía aquella Virgen buena que de manera tan sobrenatural la restituía toda la felicidad.

Y Nadia creyó en todo aquello que nunca acertara a ver por la torpe venda que le cegaba los ojos de la fe.

—¡Milagro!

Nadia, ganada para siempre por la incontrovertible verdad del dogma católico, escapó de allí corriendo, repitiendo siempre:

—¡Milagro! ¡Milagro! ¡Milagro!

En alocada carrera escaló las gradas del templo, donde se estaba celebrando una solemne función religiosa, y con la mirada clavada en la imagen de la Virgen, toda dulzura y misericordia, que desde el altar mayor presidía la congregación de fieles, llegó hasta ella y, prosternóse a sus pies, derramando abundante llanto, mientras de sus labios salía como en un susurro una sincera y emocionante plegaria en acción de gracias.

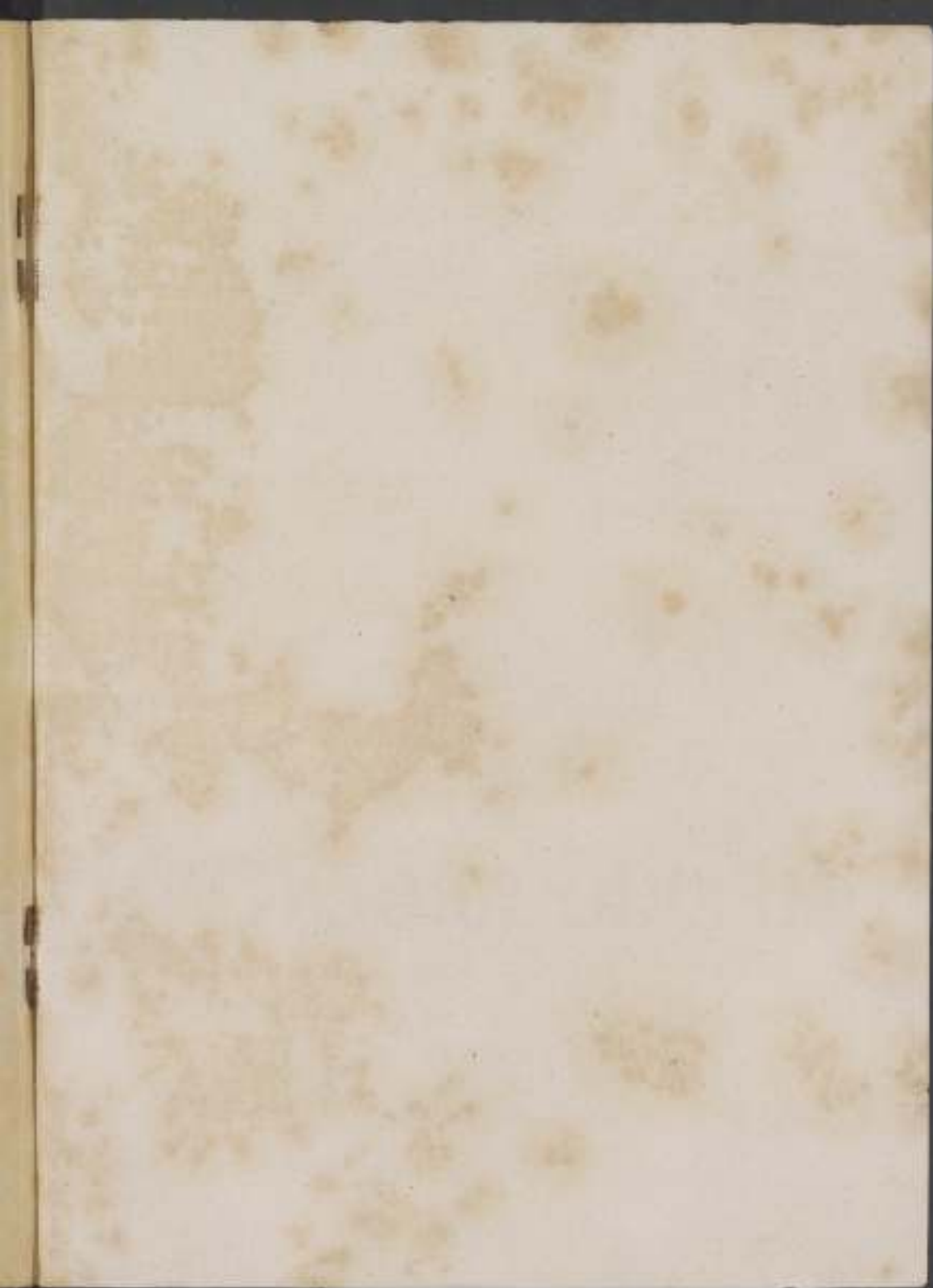
¿Cuánto tiempo permaneció así?

Al levantar su frente del suelo y elevar sus ojos a los de la Madre que tanto sufrió en su hijo por todos los pecadores, le pareció que aquella Virgen de misericordia infinita la sonreía complaciente, cual si con ello otorgara perdón cumplido a todos sus pecados.

A partir de aquel momento, aquella ceremonia religiosa se hacía doblemente solemne:

Una pecadora se liberaba para siempre de las garras del mal.

P I N



# Ediciones RIALTO

COLECCION CINE

pondrá a la venta, próximamente, los siguientes títulos:

MADRID DE MIS SUEÑOS — ES UN PERIODISTA — UN HOMBRE EN PARIS  
PARAISO PARA DOS — SOBRE LA LUNA — EL PADRE GUAP0 — LA  
PRINCESA TAOKUM — EL HOMBRE QUE SABIA DEMASIADO  
y las superproducciones españolas:

## BODA EN EL INFIERNO

por CONCHITA MONTENEGRO y PEPE NIETO

Dirección: TONI ROMAN

## LA ALDEA MALDITA

por FLORENCIA BECQUER y JULIO REY DE LAS HERAS

Dirección: FLORIAN REY

## EL FRENTE DE LOS SUSPIROS

por PASTORA PEÑA, ALFREDO MAYO, ANTORITA COLOME,  
F. FERNANDEZ DE CORDOBA, RAFAELA SATORRES,  
MANUEL ARBÓ, JOSE CALLE y FORTUNATO BERNAL

Dirección: JUAN DE ORDUSA

## GOYESCAS

POR

# IMPERIO ARGENTINA

Próximamente:

BIOGRAFIA DE

## IMPERIO ARGENTINA

SU VIDA Y SU ARTE, A TRAVES DE LA PANTALLA